

¿QUÉ HA SIDO DE DOLLY DOLL?

CURTIS GARLAND

El tipo, canoso y vestido modestamente, siguió inmóvil, con la cabeza caída sobre su pecho. Se apoyaba con ambos brazos, casi amorosamente, el doblado abrigo sobre su pecho.

Malhumorado, el acomodador se decidió a zarandearle con más fuerzas, al tiempo que mascullaba ásperamente:

—¡Vamos, vamos ya! Es tarde, despierte de una vez…

El abrigo cayó de sus manos. Los brazos cayeron a ambos lados, dejando al descubierto el pecho. El cuerpo del hombre osciló, antes de caer hacia adelante.

El alarido de horror del acomodador, no tuvo nada que envidiar al que Dolly Doll profería desde la pantalla. Los cabellos del hombre se erizaron, cuando advirtió las dos cosas: el enorme manchón de sangre que empapaba violentamente la camisa y la chaqueta del espectador, sobre su pecho, hasta cubrir incluso sus pantalones… Y el enorme, afilado cuchillo carnicero, que emergía del plexo solar del mismo, tras haber sido incrustado en el cuerpo del hombre, atravesándolo, no sin antes atravesar el respaldo de la silla, desde detrás de ésta.

Al caer el cadáver ensangrentado al suelo, se quedó en la butaca, afilado y bañado en rojo intenso, aquel tremendo cuchillo puntiagudo, que sirviera hasta entonces para mantener clavado a su butaca al último espectador del Griffith Cinema…



Curtis Garland

¿Qué ha sido de Dolly Doll?

Bolsilibros: Selección Terror - 87

ePub r1.0

Titivillus 05.05.15

Título original: *¿Qué ha sido de Dolly Doll?*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

Aquella noche, la última de proyección del vetusto celuloide, cuya imagen era neblinosa, y cuyo sonido ofrecía notables deficiencias, era la peor de todas.

La inclemencia del tiempo, con el fuerte aguacero batiendo Sunset Boulevard con toda su intensidad, la escasez de tránsito, propia de un lunes, y el poco aliciente comercial o artístico del filme en cuestión, hizo que la taquilla sufriera su más fuerte deterioro. Solamente cinco localidades se despacharon a partir de las ocho de la noche, para la última proyección. Y el taquillero, bostezando, aburrido, tras la página dominical de *Los Angeles News*, dedicada a los deportes, creía recordar que, cuando menos, dos o tres de ellos abandonaron la sala durante la proyección.

Contempló los carteles dispuestos ya en el vestíbulo, para la función retrospectiva del día siguiente. Los martes eran el día fuerte en el local.

Dentro de la sala, sonaban los fuertes acordes, a veces desafinados, de la dramática música ambiental del melodrama sangriento, feroz. En la pantalla, las pálidas y fugitivas sombras plateadas, dejaban ver a la rubia Dolly Doll, vestida sólo con un *déshabillé* amplio y translúcido, del satén más a la moda por entonces, empuñando un hacha que goteaba sangre, hacia una escalera que se perdía en un piso alto…

Poco después, un grito, un alarido terrible, brotaba del altavoz del cinematógrafo, cuando la sombra de Dolly se proyectaba en una ventana, caía un hacha sobre una silueta masculina… y en el fotograma siguiente, una cabeza hacía guiños de horror, en un primer plano que nadie entendió jamás cómo pudo pasar el código moralista de la censura de su tiempo.

Otro espectador abandonó la sala, envuelto en su impermeable oscuro, el sombrero echado sobre su rostro, tal vez malhumorado y

aburrido, tras tanta sangre y crueldad gratuitas como salpicaban la proyección de aquellos escasos setenta minutos de proyección.

—Ya sólo deben quedar dos, ahí dentro —refunfuñó el taquillero, consultando su reloj, en tanto arreciaba allá afuera el aguacero, y el espectador aburrido se perdía bajo la cortina de lluvia, bulevar abajo.

Poco después, el taquillero estuvo seguro de que un solo y heroico espectador soportaba el dantesco final de la película, con su cúmulo de muertes, sangre y mutilaciones, que culminaban en el sacrificio de Dolly Doll, presa de demencia homicida, al arrojarse, con una terrible risa demoníaca, sobre las agudas y enormes púas de hierro de una verja situada en la casa señorial donde llevaba a cabo su increíble matanza vengadora. El penúltimo esforzado que soportó aquel absurdo juego de imágenes sin valor, abandonó la sala, marchándose presuroso, en busca del último *bus* de la noche, pese a su acentuada cojera.

El taquillero plegó el diario, guardando solamente las páginas en color de los cómics dominicales, y bostezó de nuevo, poniéndose en pie. Cerró la taquilla, y cruzó el vestíbulo, para ver al portero y al acomodador que, con sus gabardinas ya puestas, y el paraguas en la mano, se disponían a desafiar los elementos, para cruzar al *parking* situado enfrente del viejo cinematógrafo.

—Creo que ese tipo que está adentro, soportará hasta el fin —se quejó el acomodador, con aire irritado.

—Debe estar dormido —sentenció el portero—. De otro modo, no se explica.

—Oh, no —rechazó el acomodador—. Le vi a mitad de película. Estaba despierto, y bien despierto. Es uno de esos chiflados que viven obsesionados por algunos de sus viejos ídolos. Le observé en la escena en que esa rubia, Dolly, se mete en el baño con su prima, y descuartiza a ésta, bajo el chorro de la ducha, tan tranquilamente. Parecía fascinado, no sé si por el mal gusto de la escena… o por lo mucho que exhibía la tal Dolly en el baño.

—Sí, hay que reconocer que la chica tenía un cuerpo de primera fila —suspiró el portero del Griffith Cinema—. ¡Y pensar que ahora será una viejecita olvidada de todos, en cualquier vieja casa de esta ciudad sin alma!

—Así son las cosas —rezongó el taquillero, apagando algunas

luces del vestíbulo, impaciente. Consultó su reloj—. Faltan sólo dos minutos. Ahora viene la escena final. Ese tipo disfrutará, sin duda, viendo a su Dolly Doll en prendas íntimas, arrojándose, convertida en un demonio de perversidad, contra la gran verja de la entrada…

Dentro del local, creció la música dramática. El alarido final de Dolly Doll retumbó en la sala vacía, coincidiendo casi exactamente con un trueno formidable, allá afuera. El cielo se iluminó sobre Hollywood violentamente, y la cortina de agua se hizo impenetrable.

—Bueno, ahora sólo falta que el tipo no tenga paraguas ni coche, y quiera esperarse a que amaine la lluvia —se lamentó el portero.

—Que espere bajo la marquesina, diablos —rechazó el acomodador, dando al resorte de las luces de la sala.

La música final culminó la proyección. El local, ya encendido, mostró la desnudez de sus filas de butacas vacías, y la solitaria forma del espectador en la fila tercera, frente a la pantalla blanca, desvaída.

—¡Ahora lo entiendo! —farfulló el taquillero—. Eh, mirad eso… Pat tenía razón: el tipo está dormido como un angelito… Ya me extrañaba que soportara tanto…

Efectivamente: el único espectador que aún quedaba en el cine, reposaba apaciblemente, con su cabeza reclinada, bien ajeno a la proyección.

—Bueno, debería dormirse todo el mundo en su casa —se quejó el acomodador, caminando a través de la desolada platea, hacia el hombre inmóvil.

Llegó hasta él. Le contempló, ceñudo. Inclinóse, tocándole el hombro.

—Vamos, amigo —invitó—. Es hora. La película ha terminado. Vamos a cerrar el local…

El tipo, canoso y vestido modestamente, siguió inmóvil, con la cabeza caída sobre su pecho. Se apoyaba con ambos brazos, casi amorosamente, el doblado abrigo sobre su pecho.

Malhumorado, el acomodador se decidió a zarandearle con más fuerzas, al tiempo que mascullaba ásperamente:

—¡Vamos, vamos ya! Es tarde, despierte de una vez…

El abrigo cayó de sus manos. Los brazos cayeron a ambos lados,

dejando al descubierto el pecho. El cuerpo del hombre osciló, antes de caer hacia adelante.

El alarido de horror del acomodador, no tuvo nada que envidiar al que Dolly Doll profería desde la pantalla. Los cabellos del hombre se erizaron, cuando advirtió las dos cosas: el enorme manchón de sangre que empapaba violentamente la camisa y la chaqueta del espectador, sobre su pecho, hasta cubrir incluso sus pantalones… Y el enorme, afilado cuchillo carnicero, que emergía del plexo solar del mismo, tras haber sido incrustado en el cuerpo del hombre, atravesándolo, no sin antes atravesar el respaldo de la silla, desde detrás de ésta.

Al caer el cadáver ensangrentado al suelo, se quedó en la butaca, afilado y bañado en rojo intenso, aquel tremendo cuchillo puntiagudo, que sirviera hasta entonces para mantener clavado a su butaca al último espectador del Griffith Cinema…

* * *

El viejo Lucius Laurent contempló, satisfecho, a sus espectadores.

No eran muchos, pero lo cierto es que nunca lo habían sido. Sin embargo, demostraba que su idea había sido buena. Esta noche, cuando menos, doblaba la entrada habitual en su teatrillo de ínfima categoría.

Y todo, quizá, por aquel gran cartel rojo, que atravesaba diagonalmente el programa del día:

> Hoy, doble programa. ¡Tiemble y horrorícese ante la macabra fantasía del teatro sangriento de Lucius Laurent! ¡Dos muestras de terror escénico, dedicadas a la más genial figura del espectáculo de *grand guignol*!: Programa en recuerdo a Dolly Doll.

Ahora, confiaba en que su espectáculo diese a todos aquellos estúpidos espectadores una imagen real y cierta de la antigua diosa de la angustia y del espanto, llevado a un escenario o a una pantalla. Ellos no entendían nada. Pero, cuando menos, se sentían admirados y sobrecogidos cuando aparecían en escena los títeres

sorprendentes del viejo Lucius, con su aspecto de extraños, rígidos seres vivientes, dotados de una especial malignidad infrahumana, en sus mecánicos movimientos por la escena, movidos por los hilos que manipulaba aquel que, a sí mismo, se calificaba de *genio del grand guignol*. Y por cierto que ese género ínfimo, nunca había sido más *guignol* que en el teatrillo de Lucius Laurent. Él nunca utilizaba actores ni actrices de carne y hueso. Él dotaba a sus criaturas de madera, cartón, trapo y cera, de una vitalidad extraña y sorprendente. Los movimientos eran perfectos, las voces variadas increíblemente, pese a que todas brotaban de sus labios, cansados de recrearse en mil tonos, matices, timbres y modulaciones, maestros en emitir alaridos de terror, chillidos de pánico, rugidos de furia destructiva, o risas siniestras, de malignidad sin límites, dando a sus actores y actrices artificiosos un soplo casi real de vida humana.

Sí. El *grand guignol* de Laurent, era ciertamente todo eso, *guignol* de muñecos y espectáculo de muerte, horror y sangre. Sus espectadores no eran niños, como acostumbraba a suceder con los teatrillos de marionetas de otros artistas. Sólo adultos enfermizos, ávidos de emociones violentas y, muchas veces, ansiosos de vivir hechos macabros como los que solamente podía reservarles el apolillado y triste escenario de un viejo teatro de títeres.

Esa noche, Lucius Laurent había resucitado el recuerdo de Dolly Doll. Y como si eso fuese un conjuro de dudosa eficacia, los espectadores eran algunos más en el saloncito habitualmente vacío. Cuando menos, el doble de los de cada día. Lucius hubiera dicho que una treintena de personas habían dejado en la taquilla otra treintena de dólares. Suficientes para mantener su solo estómago. Los muñecos no necesitaban dinero. Era la ventaja de tener una compañía de monigotes.

Dos obras igualmente sangrientas y del peor gusto, formaban el «doble programa» anunciado. Una marioneta, en especial, había sido mimosamente reparada y ataviada, para recordar a la reina del cine de horror. Dolly Doll, arrinconada hasta entonces en una de sus cajas de viejo material, revocada y puesta al día, conservaba en su rostro artificioso, en su peluca rubia, en el azul de cristal de sus ojos el encanto ingenuo y monstruoso a la vez que la auténtica Dolly Doll, la de carne y hueso, mostraba años atrás a sus fervorosos

admiradores.

Quizá por ello, la Dolly Doll de madera y cartón, de rostro rubicundo de cera, había atraído esta noche a mucho espectador viejo y cansado, sin duda antiguos admiradores de la olvidada *estrella*.

* * *

La treintena escasa de espectadores, en el lóbrego y amplio recinto, mal iluminado por las rojas bombillas, asistía con una mezcla de indiferencia y curiosidad malsana a la exhibición de un arte caduco, hecho de grandilocuencia, gritos, cuerpos desmembrados, hemoglobina derramada con ingeniosos trucos, hachazos, cuchilladas, mutilaciones y cuanto de tremebundo y atroz tenía el género.

Un conjunto tristón, lamentable y pasado, que desembocaba ya en su final, con un último cuadro de apoteósico alud de sangre, alaridos, terror, muerte y sadismo.

Las marionetas en el alucinante caos final, caían demolidas. Dolly Doll, empuñando con sus manitas de cera y cartón un hacha de auténtico y centelleante filo, iba segando cabezas por doquier. La sangre saltaba de los cuerpos decapitados, en ingenioso alarde, derramándose sobre la superficie plastificada de los decorados y del utillaje en escena. Incluso los espectadores de primera fila, se veían desagradablemente sorprendidos por las salpicaduras rojas de aquel tinte artificioso, sobre sus ropas y manos. Un cartel visible en un muro, indicaba claramente:

> No teman. La sangre artificial no mancha. Se seca como si fuese agua limpia, sin dejar señal.

La música aumentó de tono. De súbito, cuando Dolly Doll se enfrentaba, en plena matanza, a su amante, odiado y amado con clínica pasión a la vez, en remedo de una de sus más populares ficciones cinematográficas, las luces rojas se quedaron solas en la sala, alumbrando de modo fantasmal y difuso a los sobrecogidos espectadores. Un alarido largo, inhumano, terrorífico, el único que

realmente lograba erizar los cabellos, entre todo el trucaje que lucía el viejo Lucius Laurent en su espectáculo, sacudió los nervios crispados de los espectadores, en la súbita oscuridad de la escena.

Esta vez, el chorro de sangre que salpicó las ropas, manos y rostro de los ocupantes de las primeras filas, tenía tal aire de autenticidad, que la sintieron espesa y caliente, en un ramalazo estremecedor.

Algo pesado rodó desde la escena al suelo de la improvisada platea, y todos comprendieron que la cabeza del amante de Dolly Doll había saltado hacia ellos, en un juego teatral muy efectista, muy propio del *grand guignol*, dando fin a la terrible farsa.

Se dieron las luces. Dolly Doll, triunfante, esgrimía su hacha ensangrentada, allá en la escena. La muñeca parecía monstruosamente feliz, con una mueca cruel curvando sus labios carnosos, fingidos en roja cera. Los ojos de vidrio azul, centelleaban como si estuvieran llenos de la misma vida que la joven actriz mostrara antaño en las pantallas plateadas de cines sin color ni sonido estereofónico, ni grandes alardes panorámicos…

Alguien, súbitamente, se frotó la roja humedad de sus ropas y manos, y exhaló un agudo grito de horror. Sus dedos quedaron teñidos de espesa sangre. Las ropas goteaban aquel siniestro color rojo, denso y viscoso…

A sus pies, una cabeza hinchada, deforme, de ojos desorbitados, de canosos cabellos erizados, que en nada se parecía a la del galán de turno, ni en aspecto ni en volumen, se agitaba en espasmódicos, horripilantes saltos, dejando chorrear la sangre de sus carótidas…

¡Era la cabeza de Lucius Laurent, el amo de los títeres!

Y todos pudieron advertir que *no era* una cabeza de cera y cartón, sino de carne y hueso, segada limpiamente de un feroz hachazo…

Algunos espectadores corrieron atrás del teatrillo propiamente dicho, mientras una vieja señora canosa chillaba, puesta en pie, presa de un ataque de histeria.

Descubrieron, tras los decorados, abatido entre un montón de muñecos repletos de hilos, el cuerpo del viejo Laurent… con el cuello convertido en un espantoso muñón sangriento. Sin cabeza…

A sus pies, yacía un hacha enrojecida, goteante…

En alguna parte del teatrillo, restalló una larga, demoníaca

carcajada de mujer… Y las luces, todas, se apagaron. *Todas*. Incluso las rojas bombillas de la platea.

Los alaridos de hombres y mujeres rasgaron las sombras. Un tropel de gente enloquecida corrió hacia la salida, perseguida por los ecos de la feroz risa de Dolly Doll…

CAPÍTULO PRIMERO

—¿De quién ha sido esa idea, Richard?

—¿Qué idea?

—La de la portada de esta semana.

—Oh, eso… —Richard Scott sonrió, encogiéndose de hombros —. Mía. Totalmente mía, sea buena o mala. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no sé si es buena o mala. Pero es desagradable.

—¿Desagradable? ¿Por qué?

—¿Y me lo preguntas? —se escandalizó Marty Grant, echándose atrás el sombrero sobre sus canosos cabellos, cada vez más escasos —. Conocí a esa chica, amigo mío. Y te confieso que no me ha gustado verla ahora ahí. Porque eso no es el anuncio de una película, precisamente…

—No, no lo es —Scott alargó la mano, tomando la prueba de cubiertas para el *Weekly Show*. Estudió aquel juego de negro y rojo, donde una vieja fotografía *glamourosa*, como entonces se llamaba a lo *sexy*, se superponía a un enorme manchón de sangre con dos nombres: Lucius Laurent y Fred Nelson—. Dolly Doll ya no hace películas, Marty. Pero dos hombres han muerto brutalmente asesinados, en el transcurso de sólo veinticuatro horas, en dos zonas diferentes de Los Angeles: un viejo aficionado al cine de terror, y un anticuado manipulador de títeres. Ambos unidos al recuerdo de Dolly Doll: el primero, viendo una película de ella, en un cine dedicado a los nostálgicos. El segundo, representando con sus títeres un *grand guignol* de pésimo gusto, con Dolly como heroína del mismo…

—La portada sigue sin gustarme —confesó el veterano periodista —. Quizá porque conocí personalmente a Dolly, y porque yo sé que no era como la gente la veía en la pantalla o en el escenario.

—Yo no me meto con ella, ni pretendo culparla de nada. Ya ves lo que me pregunto a mí mismo, a la vez que se lo pregunto a mis

lectores, en esta portada de la revista —y señaló Scott los titulares, destacados, sobre el montaje de la primera plana del semanario:

¿QUÉ HA SIDO DE DOLLY DOLL?

—¿Qué ha sido de Dolly Doll? —Marty Grant se encogió de hombros, indeciso—. ¿Quién puede saber eso, amigo mío? Ni yo mismo me he preocupado nunca de tal extremo, pese a lo famosa que fue entonces, y pese a mi personal simpatía hacia ella. Ya sabes que vivimos en un mundo harto cruel: la gente pasa, triunfa, se aleja, se olvida…

—Han muerto violentamente dos personas. Cuchillo, hacha… Muerte violenta, sangre por doquier… Algo muy a tono con Dolly Doll y sus películas y obras teatrales. La policía se ha limitado a recoger ambos hechos e investigarlos separadamente. Yo, no. He relacionado un suceso con otro. Y con una carta anónima, publicada en nuestro semanario no hace mucho…

—¿Una carta? —Pestañeó Marty Grant.

—Sí. Alguien se preguntaba eso mismo: «¿Qué ha sido de Dolly Doll?». —Buscó en su mesa, y tendió a su colega y compañero de redacción un recorte de la carta publicada en la página de consultorio del *Weekly Show*—. Ahí la tienes, amigo.

—Ya veo. Parece que, de repente, alguien ha empezado a acordarse de un viejo ídolo…

—Acordarse para escribir una misiva a un periódico, no causa daño a nadie. Pero dedicarse a recorrer los espectáculos relacionados con Dolly Doll, asesinando a alguien como podría hacerlo ella en sus retorcidos papeles de antaño… me parece demasiado fuerte, ¿no crees?

—Sí, es muy posible —convino gravemente Grant. Estudió a su joven compañero, antes de añadir, pensativo—: ¿Supones que todo eso tiene alguna relación entre sí?

—No puedo saberlo. Pero podría ser que esa relación existiera, Marty.

—¿No cabe en lo posible que todo sea una simple coincidencia?

—Claro. Pero también lo otro cabe en lo posible. Por eso me gustaría saber dónde está ahora Dolly Doll. Y hablarlo con ella misma.

—Eso da a entender que la imaginas a ella relacionada con todo esto de ahora, Richard. Es una teoría demasiado audaz…

—No, no es eso. Pero ella podría acaso recordar: algún fanático, un viejo admirador, un chiflado capaz de… de pretender que vuelva el recuerdo de su ídolo. Y capaz de llegar, incluso, a provocar un escándalo trágico, con tal de conseguir su sueño.

—¿Un loco?

—Evidente: un loco, un anormal. Existen tipos de esa especie, desgraciadamente. Son enfermos, en la mayoría de los casos. La casi totalidad de ellos resultan inofensivos, y llegan desde la adoración platónica, a la colección de *posters* y de fotografías más o menos exhibicionistas. Pero los hay que serían capaces de todo, por su ídolo del falso mundo del espectáculo.

—¿Incluso capaces… de matar? —dudó Grant, rascándose los cabellos de su nuca.

—Incluso capaces de matar —asintió severamente Richard Scott, clavando sus grises, agresivos ojos, en su veterano camarada.

—No —negó Grant, sacudiendo enfático la cabeza—. Imposible, Richard. No puedo admitirlo. Es… es demasiado horrible. Demasiado enfermizo.

—La mente humana puede ser enfermiza. De hecho, lo es en toda persona anormal. Esa es la teoría más lógica en estos momentos.

—¿Se la has ofrecido a la policía, Richard?

—No. Pero supongo que ya tendrán en sus manos algún ejemplar del *Weekly*. Tengo un buen amigo en la policía de Los Angeles, el teniente Gregory, precisamente de la División de Homicidios. Es muy posible que él lea ese ejemplar. Pero también es muy posible que no haga de él ni el menor caso. No confía mucho en el olfato periodístico.

—Lo supongo. Especialmente, si tiene amistad contigo. Se habrá dado cuenta de que somos un puñado de endiablados embusteros llenos de trucos, fantasía y poco juicio.

—Eres duro con el oficio, Marty.

—Soy sincero, eso es todo. He sido el primer embustero del mundo, y he engañado a millares de lectores durante años enteros. Hollywood ha sido siempre una ciénaga, y entre todos logramos convertirla, a ojos del mundo, en una ciudad dorada, donde todo lo

hermosamente imposible estaba al alcance de los audaces y afortunados. Y eso no era verdad. Nunca ha sido verdad. Sólo estaba al alcance de los desaprensivos, de los faltos de escrúpulos. Por eso, como Pompeya, Sodoma o Gomorra, tuvo su decadencia y su desastre final. Ahora, sólo somos el reducto final del *show business*, invadiendo el mundo de repelentes telefilmes seriados. En suma, tenemos lo que nos hemos merecido, Richard.

—¿Habla el periodista brillante y sincero, o la crueldad vengativa del hombre que se siente amargado? —indagó Scott, burlón.

—Los dos —suspiró Marty Grant—. Es lo que somos nosotros, muchacho. Primero, si llegamos arriba, podemos aparecer brillantes, sinceros, eficaces. Cuando caemos, somos eso: vengativos, crueles, amargados. Pero es otra forma de la misma sinceridad. Y vale más eso que seguir engañándose y engañar a los demás. Yo me pregunto, Richard, a la vista de tu artículo y de tu idea sobre esa portada: ¿le interesa realmente a alguien saber qué ha sido de Dolly Doll?

—Supongo que a alguien —asintió Richard Scott—. A la policía, por ejemplo. Y a los familiares de las personas asesinadas, tal vez.

En aquel momento, se abrió la puerta de vidrio biselado, y asomó un joven reportero de la plantilla del *Weekly*, en el despacho cuadrangular y angosto de Richard Scott.

—Dick, tiene una visita —dijo.

—¿Yo? —se sorprendió Scott—. ¿Quién?

—Una chica preciosa —rió el joven reportero—. Dice que quiere hablarle ahora mismo. Es urgente, según dijo. Y se trata de… Dolly Doll.

Scott enarcó las cejas. Cambió una mirada súbita con su colega, Grant. Éste reveló su sorpresa y desorientación en el gesto. Burlonamente, Scott habló:

—Vaya, parece que alguien más se interesa en Los Angeles por Dolly Doll, ¿eh, Marty? —Y volviéndose al muchacho, añadió—: Está bien. Dile a esa dama que ahora mismo la recibiré.

* * *

Era, realmente, como dijera el reportero auxiliar: una chica preciosa.

La definía con sencillez, pero también con eficacia. Esa era su imagen exacta. La de una encantadora joven, aparentemente ajena al mundo del espectáculo que acostumbraba a pulular cerca del edificio del *Weekly Show*.

Suavemente pelirroja, de ojos pardos, agrisados, profundos y vivaces, labios bien dibujados, carnosos y cálidos, esbelta figura y una profunda dosis de femineidad en todos sus gestos y ademanes, más podía suponerse que fuese una estudiante o una recepcionista, que no una actriz, una bailarina o una *starlette*, oficios más que habituales entre las muchachas jóvenes que pululaban por Los Angeles, mosconeando siempre cerca de las nada gloriosas ruinas del mítico Hollywood.

Richard Scott recibió a la joven en la salita destinada a las visitas del periódico. Era el lugar más confortable y limpio de toda la redacción, y también el más tranquilo, alejado del bullicio de las oficinas y salas de redacción.

—Bien, señorita Allen. Siéntese, por favor. ¿Algún refresco, un café…?

—No, nada, gracias —suspiró, acomodándose con instintiva elegancia y gracia en uno de los bajos asientos azules. Richard lo hizo frente a ella—. ¿Le han dicho por qué vengo a verle?

—Sí —los ojos grises de Scott se mantenían fijos en ella—. Por una mujer llamada Dolly Doll.

—Exacto. Acabo de leer el ejemplar de esta semana del *Weekly*. Vi su firma en el trabajo de las primeras páginas.

—Ya. ¿Y qué puede interesarle a una joven de su edad, la historia de una actriz que desapareció de la vida pública hace casi cuarenta años?

—Es una cuestión puramente personal. Yo también me pregunto qué ha sido de Dolly Doll. Aunque no lo crea, conozco toda su filmografía. Tengo recortes de películas suyas, de revistas de entonces, con fotografías de sus más conocidos filmes…

—No lo entiendo. Eso es cosa de aficionados de otro tiempo, señorita Allen.

—Déjeme terminar, señor Scott. La gente sólo habla de Dolly Doll. Nadie parece acordarse de su gran rival de entonces, de la

mujer que compartía con ella la celebridad, en cine y teatro.

—¿Su gran rival? —Richard frunció el ceño, perplejo. Sacudió la cabeza—. No recuerdo…

—Tiene que recordar, señor Scott. Usted escribe sobre esas cosas. Si ha desenterrado el pasado, o pretende hacerlo, tiene que acordarse de otros detalles relativos a aquella mujer llamada Dolly Doll, de la que nadie ha sabido nunca si era *vamp*, una ingenua o un ser morboso y turbio, que disfrutaba con aquella clase de trabajo interpretativo.

—No he pretendido desenterrar nada. Sólo me pregunté, como lo hacen algunos de nuestros lectores, qué ha sido realmente de ella. Y si estos sucesos de ahora, tan desagradables y trágicos, pueden tener alguna conexión con el que fue su género cinematográfico y teatral. En el fondo, no es sino un pretexto para vender más ejemplares de nuestro semanario. Así somos los periodistas en todas las partes del mundo, pero muy especialmente en esta asquerosa ciudad.

—A pesar de todo, señor Scott, si ha repasado, como parece, los archivos de Dolly Doll, para entresacar recuerdos amarillentos, tiene que recordar. En su artículo habla, muy especialmente, de dos películas: dos grandes éxitos de Dolly Doll, uno de ellos basado en el melodrama teatral que ya interpretó ella anteriormente en Nueva York, en Filadelfia, en Chicago…

—¿Se refiere a *Las hermanas sangrientas* y *El hacha de la niñera*?

—Eso es —suspiró la joven, con un raro destello en sus ojos—. *El hacha de la niñera*… y, muy especialmente, *Las hermanas sangrientas*. Allí, Dolly tenía una *partenaire* tan importante como ella, aunque luego la gente la llegó a olvidar antes.

—Ya recuerdo. Se refiere a… a Mae Canary.

—Eso es. Mae Canary. Hay quien dice que era mejor actriz que Dolly. Pero que la personalidad de ésta absorbió su propia luz, truncando así su carrera. Hoy en día, aún hay quien recuerda a Dolly Doll. Pero nadie recuerda ya a Mae Canary. Y, sin embargo, ambas fueron igualmente famosas en su momento.

—Mae Canary… —reflexionó Scott, frunciendo el ceño—. Claro. ¿Cómo pude olvidarla? Unas viejas gacetillas hablaban de rivalidad entre ambas. Y de que Dolly, celosa de la belleza y buena calidad de actriz de Mae, rechazó actuar de nuevo junto a ella, y eso provocó

que la productora cancelase el contrato a la Canary.

—Exacto. Mae Canary volvió al teatro, y actuando en provincias, se extinguió lentamente su carrera. Luego, fue actriz de carácter. Interpretaba madres, mujeres maduras, pese a que sólo tenía treinta y ocho años por entonces, ya que era algunos años más joven que Dolly Doll. Finalmente, desapareció de modo tan oscuro como lo ha hecho la propia Dolly Doll. Por eso he venido a verle, señor Scott. Quería saber si sus investigaciones sobre la Doll le han hecho descubrir alguna pista sobre el actual paradero de Mae Canary.

—Lo siento. No me ocupé de ese aspecto del caso —su interés era muy vivo al mirar de nuevo a la muchacha—. Pero insistió: ¿qué tiene usted que ver en todo esto, señorita Allen? No me parece una aficionada al viejo cine, cosa más propia de nostálgicos y chiflados que de muchachas jóvenes, modernas y con ideas actuales.

—Señor Scott: Mae Canary era su nombre de soltera. Ella se casó más tarde. Y su nombre de casada fue entonces el de Mae Allen.

—Cielos. Entonces, usted es…

—Sí. Yo soy la hija de Mae Canary, señor Scott. ¿Comprende ahora mi interés por ella?

CAPÍTULO II

Ciertamente, Scott lo comprendía ahora todo mucho mejor.

Pero no del todo aún. Estaba tratando de llegar al fondo de la cuestión, mientras almorzaba en el restaurante vecino a la redacción. No estaba sentado solo ante la pequeña y alejada mesa del local. Judy Allen compartía su almuerzo en esta ocasión.

—No debe imaginar que publicaré nada sobre usted y su madre, señorita Allen —dijo al fin, tras un prolongado silencio—. Solamente trato de conocer de un modo estrictamente personal su caso, puesto que ha venido a pedirme ayuda en un asunto tan sorprendente como es el de una joven que ignora lo que fue de su madre. Le doy mi palabra de que nada haré imprimir sobre Mae Canary o sobre usted, para aprovecharme de esta situación. Pero sí me gustaría que me ampliase algunos detalles.

—Hay poco que ampliar —musitó ella con un triste movimiento de cabeza—. Soy totalmente ajena a la historia de mi madre, por supuesto. Ella fue una actriz, y cuando dejó de ser conocida, debió sentirse víctima de un fuerte trauma. Mi padre murió cuando yo era muy niña. Para entonces, ya mamá nos había abandonado a ambos, sin dejar rastro alguno de su paradero.

—¿Acaso hubo otro… otro hombre por medio?

—No lo sé. Nunca lo supe. Mi padre no podía hablarme de ello, siendo yo tan niña. Luego, llegó el desdichado accidente de circulación, mi padre murió, y me encontré sola. Unos parientes de papá me recogieron y educaron, tratando de hacerme olvidar que era hija de una actriz. Para ellos, Mae Canary no existía. Y tampoco hubieran querido que existiese la boda de mi padre con ella. Eran personas de otra escala social. Por lo menos, no parecían sentir prejuicios hacia mí. Para ellos, yo era el inevitable fruto de un error irremediable ya, y trataban de ganar todo lo posible en un caso perdido, haciendo de mí, cuando menos, una muchacha diferente,

lo más opuesto a la hija de una actriz.

—Y parece ser que lo lograron, realmente —sonrió Scott, con simpatía.

—Pues creo que así es. Detesto el mundillo del cine y del teatro. Trato siempre de olvidarme de quién fue mi madre, pero en el fondo, una morbosa curiosidad ha ido germinando poco a poco en mí, y estoy segura de que nunca seré totalmente normal, nunca trataré de borrar mi pasado, el de mi infancia, mientras no sepa, realmente, qué fue de Mae Canary.

—Ya. Y sabiendo qué fue de Dolly Doll, puede llegar, supone, a su propia respuesta.

—Sí. Eso es, justamente, lo que pienso.

Richard Scott reflexionó brevemente, mientras retiraba su plato de carne con puré de patata, y tomaba un sorbo de café.

—Imagine… imagine, por un momento, que no es agradable la respuesta que halla —dijo el reportero.

—¿Qué quiere decir? ¿A qué le llamaría usted *no agradable*?

—Bueno, usted ha leído mi artículo. Sabe por qué me he referido a Dolly Doll…

—¿Se refiere a… a esos crímenes? —Hubo como un leve estremecimiento en la joven—. Yo diría que unos sucesos así, nada tienen que ver con mi madre ni su historia. Ni siquiera con Dolly Doll, personalmente.

—¿Por qué lo supone así?

—Son hechos aislados, sucesos repulsivos… Acaso algún maníaco, un anormal que sintió excitados sus instintos ante la película o la representación de marionetas… No puedo imaginarme otra explicación.

—Tampoco yo —convino él con un suspiro, meneando la cabeza —. Pero vale la pena tenerlo todo en cuenta, antes de adentrarse en el pasado, señorita Allen.

—Sea lo que sea, me gustaría conocerlo. Y después, tratar de olvidarlo todo, y ser yo misma, la que ahora soy: Judy Allen, programadora de informática, al servicio de una importante empresa industrial. Como ve, un trabajo bien poco romántico, para tener sangre de teatro en mis venas, señor Scott.

—¿No ha recurrido nunca a medios oficiales para saber el paradero de su madre?

—No, nunca.

—Entonces, ¿a qué viene su repentino afán por saber lo ocurrido con ella?

—No es repentino. Lo he deseado saber siempre, pero he vivido con la familia de mi padre hasta hace poco tiempo. Luego, una vez empleada en la empresa actual, solicité mi traslado a Los Angeles. Ellos nunca han sabido que ese traslado fue cosa mía.

—Entiendo. Ha venido aquí con la idea de averiguar cosas…

—Sí, ésa es mi intención. Estaba haciendo planes para saber por dónde empezar, visitando incluso los viejos estudios cinematográficos, los teatros donde actuó ella… cuando cayó en mis manos el *Weekly*. Y he venido a verle sin perder tiempo.

Guardó silencio Richard Scott unos momentos. Era un caso sorprendente que, sin duda, daría buen resultado de cara a sus lectores. Pero no podía hacerle eso a la muchacha. No sería honesto, ni siquiera digno. Por otro lado, ayudarla a ella en la tarea, podía significar, de paso, ahondar en la búsqueda de un mito borrado en el tiempo: Dolly Doll. Después de todo, ¿quién se acordaba ya de Mae Canary, condenada a ser siempre una sombra velada por la luz estelar de Dolly Doll? Nadie. No importaría que la dejase de lado, para centrar su labor profesional en Dolly, y no en la madre de Judy.

—Está bien —dijo al fin, asintiendo con la cabeza—. Le ayudaré, Judy. Tiene mi palabra, y también la tiene de que, en tanto dependa totalmente de mí, no publicaré una sola letra sobre Mae Canary, encontremos lo que encontremos. Me limitaré a mencionar sólo la posible historia de Dolly Doll, si hay algún paralelismo en sus caminos.

—Gracias, señor Scott —impulsivamente, la muchacha puso una mano sobre el brazo del joven periodista y le miró fijamente a los ojos—. Muchas gracias. Sé que puedo confiar en usted. Yo también le prometeré algo: en cuanto sepa lo que fue de mi madre, prometo olvidar todo el asunto, y vivir mi vida sin complejos, lejos de todos los fantasmas del pasado. No deseo esclavizarme a ellos, sino liberarme precisamente de dudas.

—Judy, ¿no ha pensado que, a veces, vale más vivir entre dudas, que llegar a ciertas convicciones?

—Sí. Pero debo correr el riesgo. Es la única forma de no

atormentarme más.

—Está bien. Ya se lo advertí antes de que fuese demasiado tarde. Ahora, comencemos la tarea. Aunque me gustaría saber por dónde…

—Yo sé dónde iniciarla —sonrió ella, impulsiva.

—¿De veras? —Él la contempló, perplejo—. Bien: ¿por dónde, amiga mía?

—Por el viejo teatro Rainbow Playhouse. Allí actuó, por última vez, la compañía Grand Guignol de Dolly Doll, en 1939…

—El Rainbow Playhouse… —repitió lentamente Scott—. Nunca oí hablar de él…

—Yo sí —dijo con sencillez la muchacha.

Hundió la mano en su bolso. Extrajo de él un viejo recorte amarillento. Lo desplegó ante Richard. Éste leyó su encabezamiento:

> Rainbow Playhouse, hoy, 28 de febrero de 1939. Despedida de la compañía Grand Guignol de Dolly Doll, con: *Noche de Bodas Trágica*.

Scott leyó abajo:

> El primer teatro de Malibu dedicado a los espectáculos más impresionantes de California, se honra en despedir por esta temporada a Dolly Doll y su increíble espectáculo.

—Fue la última vez —suspiró Judy—. Ya nunca se supo nada más de Dolly Doll, después de esa noche de febrero de 1939…

* * *

Richard Scott detuvo el automóvil en el aparcamiento más próximo. Saltó a tierra, y abrió la portezuela a su compañera de viaje. Luego, ambos miraron en torno. La brisa fresca y húmeda de Malibu Beach, agitó sus cabellos juguetonamente.

—¿Dónde? —indagó Scott—. No veo nada por aquí…

—Yo tampoco —convino ella, girando la cabeza a un lado y otro —. Esta fotografía indica claramente su situación…

Era una fotografía algo antigua, con la fachada del Rainbow Playhouse, teatro donde se había representado desde Shakespeare a Tennessee Williams, pasando por los esperpentos escénicos de autores de suburbio, y sin dejar de lado los melodramas del *grand guignol*, al estilo de la inefable y fantasmal Dolly Doll.

Scott frunció el ceño. No recordaba haber visto aquel local, pero era evidente que su emplazamiento en Malibu Seaside estaba demostrado con aquella fotografía. Y que inmediatamente a aquel edificio, se hallaba el Chinese Restaurant.

—No tiene pérdida —habló Scott. Señaló hacia un punto donde una fachada mostraba su rojo lacado, salpicado de letras chinas—. Aquél es el restaurante. De modo que la casa inmediata es…

—No —negó ella—. La casa inmediata no es el Rainbow Playhouse.

Richard Scott caminó con ella por la acera, tras un breve pestañeo. Contempló la fachada con decoración psicodélica y motivos modernistas. Leyó el nombre en letras metálicas, aceradas, sobre la puerta del establecimiento:

MALIBU DISCOTHEQUE

—Una discoteca… —resopló Richard—. Entiendo. Derribaron el viejo teatro…

Judy Allen le miró, abatida.

* * *

—Sí, señor. Eso es lo que hicieron. Derribaron el viejo Playhouse. Siempre se dijo que harían un nuevo teatro. Pero hoy en día, no es negocio. Prefieren eso de los cambios de luces, las *gogó girls* y todo lo demás, con un buen equipo de estéreo. Los tiempos cambiaron, amigo. Las cosas ya no son como fueron entonces. Ni volverán nunca a serlo, esté bien seguro de ello.

Asintió Scott, pensativo. A su lado, Judy era la viva imagen del desaliento. El conserje de la discoteca era hombre menudo, canoso y afable. Sus ojillos grises se ocultaban a medias tras unas gafas de vidrios color caramelo oscuro. Evidentemente, había vivido los

buenos tiempos del Rainbow Playhouse. Y lo añoraba.

—¿Cuánto hace de ello? —quiso saber el joven reportero.

—¿Del derribo y la nueva edificación? —Mostróse dubitativo el conserje—. Bueno, cosa de un par de años, casi tres… Pero ya antes era un simple solar con ruinas. El teatro dejó de funcionar como tal, hace nueve años largos.

—Ya me parecía a mí que no lo recordaba —asintió Scott, pensativo.

—Todavía sobrevivió un año como cinematógrafo. Precisamente dedicó un ciclo de varias semanas al cine de terror. Desfilaron por la pantalla Bela Lugosi, Lon Chaney, Boris Karloff… y Dolly Doll.

Scott y Judy se miraron. No hicieron comentario alguno. Pero Richard, con rapidez, volvióse hacia el conserje.

—Dolly Doll… —repitió—. Usted debe recordarla, ¿no es cierto?

—¿A Dolly? —Los ojos grises, tras los vidrios oscuros, se humedecieron de modo ostensible—. Oh, la preciosa, la bella y magnífica Dolly… No la hubo nunca como ella. No necesitaba la fealdad ni el maquillaje para asustar a los espectadores. Era capaz de provocar a su público, apareciendo envuelta en gasas, revelando su maravillosa desnudez… para inmediatamente causar horror con su modo único de provocar el miedo, la angustia. Nunca una criatura fue a la vez más ingenua… ni más terrible. Personalmente, era adorable, amigo mío.

—De modo que la conoció…

—¿A Dolly? ¡Cielos, si recibí de ella más de mil propinas, por llevarle flores al camerino, por servirle un taxi o por poner un paraguas sobre su rubia cabeza, cuando llovía y el coche tardaba en llegar ante la marquesina…! Una vez, incluso… me… me besó… —Se tocó la mejilla derecha, y Scott estuvo seguro de que allí, justamente allí, los labios de la olvidada actriz rozaron la piel del buen hombre. Esas cosas nunca se olvidaban. Los dedos del conserje temblaban. En el pasado, debió amar a Dolly Doll apasionadamente. Como otros muchos hombres. Era lo malo de enamorarse de una sombra proyectada en una pantalla. En realidad, era como no amar a nadie.

—Me gustaría saber qué fue de ella… —suspiró Scott, como al azar—. Hace tanto tiempo que no sé nada de ella…

—¿Usted? —Le miró el conserje con asombro—. Ni siquiera

habría nacido cuando Dolly abandonó la escena.

—Cierto. Pero mi padre la adoraba —mintió fríamente Scott, sin inmutarse—. Daría algo por proporcionarle la felicidad de informarle acerca de su paradero actual.

—¿Actual? —El hombre le miró extrañamente. Sacudió la cabeza—. No sé. No creo que eso le hiciera muy feliz a su padre, muchacho.

—¿No? —Vivamente, Scott miró a su interlocutor, sintiendo la súbita impresión de que aquel hombre sí sabía algo sobre la mujer desaparecida—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, ella, Dolly… —Los ojos grises le estudiaron larga, profundamente—. Dolly murió hace años.

Scott sintió los dedos fríos de Judy Allen, apretando con fuerza su mano. Él mismo se puso rígido, al repetir:

—¿Muerta? No lo hubiera imaginado nunca… Alguien me dijo que vivía…

—Bueno, no siempre se muere cuando a uno le echan tierra encima, y le ponen una bonita lápida —sentenció el hombrecillo—. Créame, muchacho. Hay muertes mil veces peores que ésa. Hay quien muere en vida.

—Morir en vida… —Ahora fue Scott quien oprimió con firmeza los frágiles dedos de Judy—. Temo no entenderle. Yo…

—Todo empezó con aquel terrible siniestro.

—¿Un siniestro?

—Sí… —jadeó el conserje, como si algo sumamente doloroso asaltara su mente, lacerando sus recuerdos, removiendo unas cenizas, unas heridas cicatrizadas en parte por el tiempo—. Aquella maldita noche de agosto… Aquel caluroso, terrible agosto californiano, cuando lo del museo…

—Agosto… el museo… Sigo sin entender —murmuró Scott, tenso, esperando la aclaración de todo ello.

—Verá, amigo. Fue entonces cuando Dolly Doll…

—¡Cielos, Scott! —exclamó de repente una voz brusca a espaldas suyas—. ¿Qué diablos haces aquí? ¿Acaso seguir husmeando en el asunto de Dolly Doll para dar carnaza a tus lectores ávidos de emociones?

Scott sintió que el asfalto se resquebrajaba debajo de sus zapatos. Reconoció en el acto aquella voz, y experimentó una fría

ira hacia su dueño. Una ira que casi hubiera hecho de él un delincuente, enemigo mortal de la autoridad, de no mediar ciertos naturales escrúpulos de toda persona medianamente honesta.

—Teniente Gregory, ¿no pudo elegir mejor momento, ni más oportuno, para asomar su nariz en mis asuntos? —se quejó acremente, volviendo la cabeza.

El conserje de la discoteca, antiguo empleado del teatro derruido, se puso inmediatamente en guardia. Una cautela fría, un recelo hosco y evidente, había sustituido en el acto a su anterior natural comunicativo con alguien que, al parecer, tenía afinidad con sus sentimientos acerca de Dolly Doll.

De repente, creía advertir en el joven a un enemigo. Las palabras del teniente de Homicidios, Clifford Gregory, habían sido para él reveladoras.

—Un reportero… —jadeó—. Un cochino reportero, deseoso de ensuciar el recuerdo de Dolly. ¡Un chupatintas, un chismoso maldito, sonsacándome con engaños! ¡Eso es lo que es usted, sucio embustero!

Escupió a los pies de Scott, y se metió prestamente en el recinto dedicado ahora a discoteca. Judy Allen contempló, desalentada, a su compañero y, finalmente, con disgusto y reproche al alto, enjuto y atlético policía de sobretodo color avellana y descuidado sombrero de tono marrón.

—Evidentemente, lo fue todo menos discreto —se quejó ella—. ¿Es usted el teniente Gregory, el buen amigo de Scott?

—Aunque no lo parezca, lo soy —el policía estudió con curiosidad muy profesional a la joven. Luego, clavó sus ojos claros en el periodista. Hizo un gesto de circunstancias—. Lo siento, amigo mío. No pude pensar que hiciera tanto daño.

—Estaba a punto de contarme algo sobre Dolly Doll —se lamentó Scott—. Y, de repente, apareces tú… y todo se va a rodar.

—Richard, quisiera hacer algo en tu favor, después de mi error, pero no sé lo que ello pueda ser. ¿Qué buscas, exactamente?

—Ya lo sabes, si leíste mi artículo de hoy —replicó Richard, ceñudo.

—Oh, sí. «¿Qué fue de Dolly Doll?». Mi querido Richard, tu teoría es totalmente descabellada. A los fantasmas, es mejor dejarlos reposar en sus tumbas. Una mujer eclipsada de la vida pública hace

cuatro décadas, nada puede tener en común con dos asesinatos como los que me han caído en suerte. Tus conclusiones están prendidas con alfileres.

—No tanto. Has de reconocer que murieron en locales donde se exhibía una película o se representaba una farsa sangrienta, ambas con Dolly Doll como heroína.

—Oh, por supuesto —suspiró Gregory, apoyándose en el muro —. Recuerdo que, hace dos años, un chiflado se dedicó a perseguir a jovencitas opulentas, con el pretexto de chupar su sangre. Era un vampiro muy peculiar, pero no por eso dictamos orden de detención contra Drácula, ni contra el actor Christopher Lee, pongamos por caso, pese a que los psiquiatras demostraron que el tipo sufría una mezcla de complejo de vampiro y de fauno, por partes iguales.

—Es diferente, Gregory.

—¿Diferente? ¿En qué? ¿Qué papel concedes a la verdadera Dolly Doll en ese juego macabro de un asesino que, tal vez, incluso no sea la misma persona?

—Gregory, hace muchos, muchísimos años, que nadie se ocupaba de Dolly Doll. De repente, recibimos una carta nostálgica y la publicamos. ¿Qué sucede luego? En la misma semana, se cometen dos asesinatos, y ambos en locales donde Dolly Doll, en celuloide o en marioneta, aparece como centro de un espectáculo sangriento. Un cuchillo, un hacha… Armas propias de los personajes delirantes que ella interpretó.

—Por supuesto. Si tratamos con algún maníaco obsesionado por lejanas evocaciones de Dolly Doll, resultará lógico que recurra a esos procedimientos. Pero todo ello, nada tiene que ver con ella, necesariamente.

—Pudiera ser. Pero de ser así, ¿no podría suceder que ella misma, Dolly Doll en persona, pudiera hablarnos de sus viejos admiradores, darnos alguna pista sobre alguien, capaz de actualizar los actos feroces de sus personajes de ficción en otro tiempo?

—Tal vez. Sólo que… yo tampoco sé qué ha sido de Dolly Doll.

—¿Y la policía?

El teniente Clifford Gregory pareció referirse a ese tema de muy mala gana:

—Bueno, oficialmente no hay nada. Hace treinta y tantos años

que Dolly Doll dejó de existir artísticamente, sin dejar rastro.

—¿Y… personalmente?

—Personalmente, nunca se llamó de ese modo. Era su nombre de batalla, su apodo artístico.

—¿Cómo se llamaba Dolly Doll? —se interesó Scott.

—Dorothy. Dorothy Davis —suspiró el policía, demostrando que sí estaba muy al corriente de todo lo relativo a la actriz, pese a cuanto decía.

—Bien. ¿Y qué ha sido actualmente de Dorothy Davis? —replicó el joven redactor del *Weekly*.

—Nadie lo sabe —se encogió de hombros Clifford Gregory—. Ni nadie parece interesado en ello tampoco.

—Hace un momento, estábamos a punto de saber algo, a través de alguien que sí se interesa por Dolly —replicó con acritud Scott, señalando a la fachada de la discoteca.

—Ya. Ese viejo conserje… —rió el policía—. Peter Shaw es su nombre. Fue un fanático de Dolly Doll, y estuvo detenido una vez, por perseguirla para besarla y abrazarla en público. Ya ves que me preocupé de averiguarlo todo. Ese tipo podría ser nuestro hombre, el maníaco homicida que perseguimos. Pero no tenemos pruebas. Tiene las mismas posibilidades que otros cientos de viejos aficionados, todos ellos fans de aquella mujer.

—Pues Peter Shaw sabe algo que nosotros no sabemos, Cliff —se quejó Scott—. Iba a revelárnoslo cuando tú…

—Lo sé, lo sé. ¿Tienes idea de lo que iba a revelarte?

—No. Pero habló de algunos detalles: un caluroso agosto en California, un siniestro… un museo…

—Oh, eso… —Gregory hizo un gesto ambiguo—. No es ningún misterio, Richard.

—Lo es para mí. ¿Qué significa ese *puzzle*?

—Te bastará echar una ojeada a los diarios de Los Angeles del año 1955… Allí lo encontrarás, seguro…

* * *

En la hemeroteca de *Los Angeles News*, Richard Scott dio con la clave que le sugería maliciosamente su amigo Gregory.

La noticia estaba en la página de sucesos, con tipografía no demasiado destacada. Evidentemente, ya en 1955, aquello no era noticia demasiado interesante para el público:

> Pavoroso incendio en el museo de Grandes Estrellas del espectáculo, en Hollywood. Varios muertos no identificados, cinco heridos graves y una mujer terriblemente desfigurada. Trágico balance del suceso. La víctima de rostro irreconocible, es la que, en un tiempo, fue famosa estrella del cine y del teatro: Dolly Doll.

Sí. Era la noticia que había estado buscando. El teniente Gregory tuvo razón. Y también la tuvo Peter Shaw, el hombre obsesionado por Dolly Doll. El que en un tiempo fue encarcelado por perseguir a la mujer de sus sueños, y ahora actuaba como conserje en una moderna discoteca de Malibu…

CAPÍTULO III

—Todo eso no me ayuda mucho…

—No, la verdad es que no le ayuda nada, Judy. Y de veras lo siento.

—Con ese incendio de 1955, se pierde todo rastro conocido de Dolly Doll.

—Todo. Actualmente, nadie sabe dónde está, ni lo que fue de su vida. No sólo ella, sino ni siquiera lo que ha sido de Dorothy Davis. No figura ninguna con ese nombre, que pueda ser Dolly Doll, en parte alguna de Los Angeles y sus alrededores.

—Pudo cambiar de nombre…

—Evidente. Y si no sabemos cuál utilizó a partir de la deformación monstruosa que sufrió su rostro en aquel incendio… difícilmente podremos encontrar jamás a Dolly Doll. La rubia muñeca del cinema, se ocultó en un nuevo mundo de oscuridad, de olvido y de terror a la luz, a la vida pública. Una cara abrasada, es suficiente motivo para ello.

—¿Supone que estará…?

—Irreconocible, por supuesto. Deformada, monstruosa sin duda —Richard Scott contempló el cielo azul oscuro, sobre la ciudad salpicada ya por las luces del atardecer, en tanto se aproximaban ambos al edificio de apartamentos de Wilshire Boulevard, donde se alojaba la joven. Sacudió la cabeza, antes de comentar, pensativo—: Para una mujer, Judy, eso resulta la peor tragedia posible. Tuvo razón Peter Shaw, el conserje. Hay cosas peores que la muerte. Usted, como mujer, debe comprenderlo aún mejor que yo.

—Tal vez tenga otro concepto de las cosas, opino que la belleza no estriba solamente en el físico de una mujer, Scott. Existe algo mucho más importante que eso, ¿no cree?

—Por supuesto: la belleza espiritual, que no entiende de rostros hermosos. Lo malo es que no creo que nuestra Dolly Doll sea del

mismo parecer. Para una actriz mimada, que fue bella y admirada, que vio su rostro de muñeca exhibido por doquier, su faz y su figura son principio y fin de todas las cosas. Imagino a una Dolly Doll entrada en años, amargada, endurecida por la adversidad, ocultándose a todos, acaso sintiendo envidia y hasta odio hacia otras personas de su sexo, que siguen siendo bellas y atractivas.

—Si las víctimas de ese criminal hubieran sido hermosas chicas, tendría ahí un buen tema para su reportaje inmediato —citó con cierto tono irónico la joven—. Ya imagino los titulares, capaces de agotar toda una edición de su periódico: «Un monstruo de fealdad, destruye la belleza ajena»… Sonaría bien, incluso. Pero no es ése el caso, Scott.

—No, no lo es —Richard miró con cierta sorpresa a la joven—. Como usted dice, no tiene sentido. Las víctimas han sido un hombre de mediana edad y miserable aspecto, y un viejo manipulador de marionetas… Dos asesinatos sin móvil aparente. Yo no busco a una asesina, sino a una mujer que puede saber algo sobre lo ocurrido. O ser el motivo de todo ello. Sólo eso, Judy.

—Y yo busco a otra mujer: mi propia madre. Ya dimos con la pista de Dolly Doll. Pero no con la de Mae Canary.

—Tal vez eso resulte más sencillo ahora, Judy —sonrió el joven —. Déjelo de mi mano. Yo me ocuparé de eso, no lo dude.

—¿Hará eso por mí, al margen de su propia labor profesional? —dudó ella.

—Lo haré, sí. Se lo prometo. La llamaré en cuanto sepa algo.

Judy se había detenido delante de un edificio de doce o catorce plantas. Sobre su puerta de entrada, unas letras doradas señalaban:

APARTAMENTOS WILSHIRE

—Aquí es —dijo ella—. En la séptima planta resido yo, con una compañera de trabajo, Sally Ann. Bueno, lo cierto es que ella es camarera. No se lo diga a nadie, pero yo, antes de conseguir mi trabajo como programadora de computadoras, tuve que trabajar como camarera, allá en Filadelfia. Naturalmente, la familia de mi padre jamás supo ese detalle. Por eso no dudé en compartir mi apartamento con una chica que, como yo, tiene estudios para algo mejor, y debe conformarse con servir almuerzos y desayunos en los

restaurantes de la Warner Brothers, dentro de sus estudios.

—Encuentro bien esa camaradería —sonrió Richard—. Este es un país democrático, Judy, aunque a veces nos esforcemos en disimularlo.

Ambos rieron de buena gana, ya ante la gran puerta de oscuras vidrieras del edificio de apartamentos. La muchacha, repentinamente, tuvo una idea. Puso su mano sobre el brazo de su nuevo y joven amigo.

—Tengo arriba cervezas frías, y hasta una botella de buen *bourbon* —le tentó—. Incluso le podría preparar unos emparedados…

—Cielos, Judy, es demasiado abuso ante la debilidad de un hombre frágil de voluntad —se lamentó él. La miró, risueño—. Acepto… si no he de serle un estorbo excesivo. Ni a usted ni a su amiga, claro.

—A estas horas, Sally Ann estará descansando en su propio dormitorio. El apartamento es cómodo y amplio. También es caro, pero nos resulta rentable, pagándolo a medias. No la molestaremos en absoluto. Ella también es democrática —soltó una suave risa—. ¿Viene, Richard?

—¿Cómo no? Adelante. Sólo unos minutos, pero acepto la invitación.

Subieron a la séptima planta en el silencioso y rápido ascensor. Una vez arriba, Judy abrió la puerta rotulada con una letra G en metal plateado. Entraron ambos.

Las luces del apartamento estaban ya encendidas. Avanzaron por un breve corredor, hasta un amplio y confortable *living*, con puerta balcón asomada a una terraza repleta de plantas multicolores. Más allá, Los Angeles era un mosaico de luces y colores, recortándose contra el azul profundo de la noche.

Judy, sorprendida, contempló la puerta abierta de una habitación inmediata. Comentó a medio tono:

—Es raro… Sally Ann siempre cierra la puerta cuando descansa…

—Tal vez no descanse aún —señaló Scott—. O lo olvidó.

—Sí, tal vez… —Judy Allen fue hacia la puerta de la habitación, para cerrarla.

Justo entonces, apenas asomó al interior, exhaló un largo y

terrible grito de horror.

Rápido, Scott corrió a reunirse con ella, dominando su asombro, y clavó de modo instintivo su mirada en la habitación de la compañera de Judy.

Lo primero que descubrió fue el rojo impacto de la sangre humana…

* * *

Rápidamente, Richard Scott penetró en la estancia, anteponiéndose a la intención de Judy, que pretendía hacerlo con evidente audacia, pese a lo terrible de aquella visión.

El joven reportero llegó ante el lecho de Sally Ann. Se detuvo, petrificado.

Las largas tijeras habíanse clavado a través del brazo de la joven que reposaba encima de la cama, con los ojos dilatados, la expresión trémula, como si la muerte la hubiera sorprendido en aquella posición, en aquel tremendo trance final. La sangre lo empapaba todo, brotando espesa y chillona, tanto por el enorme boquete de su brazo, a la altura del corazón, como por otro profundo tajo en su hombro del mismo lado, por encima del seno izquierdo. Pero no demasiado encima, después de todo.

Sólo llevaba encima su slip y su corpiño. Contrastaba el tono amarillo de éste con el bronceado intenso de su tez. Pese a ello, no era morena. Sólo de cabello castaño oscuro.

—¡Judy! —gritó roncamente Scott—. ¡Pronto, un médico! ¡Telefonea a un médico! Y también a la policía… ¡Vamos, no pierdas tiempo!

—Sally… Mi querida Sally Ann…

—¡Sí, sí! Pero eso nada resolverá. No te lamentes de esto, no la compadezcas. Avisa al médico, pronto… Luego habrá tiempo para lo demás… No está muerta. Afortunadamente, no está muerta. Pero podía estarlo…

—Lo… lo parece, Scott… ¿De veras crees que no está…?

—¡No, no lo está! —Clavó Richard sus ojos en la ventana del dormitorio, abierta. La brisa nocturna agitaba la cortina levemente. Había profundos rascones en la madera del alféizar. Y algo al pie de

la propia ventana. Algo roto, que se movía también ligeramente con el aire.

Pero no se preocupó por ello. Estaba tratando de evitar que la hemorragia de la muchacha bronceada, de curvas llamativas y juvenil atractivo, fuese aún peor y más prolongada.

Escuchó a Judy telefoneando excitadamente en el *living*. Luego, ella regresó, comunicando roncamente, con voz temblorosa:

—Avisé… avisé a la policía. Pedí una ambulancia ante todo… y dije que alguien había intentado cometer aquí un asesinato… —musitó débilmente.

—Bien hecho. Ahora, sólo podemos esperar.

—Pero, Scott, ella parece…

—¿Muerta? Sí, eso creí en principio. En realidad, fue atacada y herida seriamente. Pero sólo sufre una crisis nerviosa que le hizo perder el conocimiento y entrar en una especie de trance. Tu amiga es muy nerviosa, sin duda.

—Sí, lo es. Dios mío, ¿quién pudo…?

—No sé. Quizá lo sepamos cuando ella pueda hablar, pero no antes —se expresó serenamente el reportero. Logró extraer los filos de la tijera del profundo orificio en el brazo mórbido de la muchacha, y la sangre escapó, tumultuosa, por el boquete, antes de que Richard pudiera aplicar sobre ella el tapón de algodón empapado en agua oxigenada, y luego, las tiras de una prenda íntima de la muchacha, caída al pie del lecho. Apretó todo cuanto pudo, mientras con otras tiras, hacía un rudo torniquete para frenar lo más posible la afluencia sanguínea a la herida.

Tras conseguir ese resultado de emergencia, se incorporó, caminando hasta el pie de la ventana. Contempló las señales de pisadas, saliendo de la estancia. Había gotas de sangre pisoteadas, estrías rojo oscuras en el suelo rayado brutalmente.

Y, finalmente, aquel objeto liviano, que temblaba con el aire, al pie de la ventana. Lo tomó con cuidado, estudiándolo, sorprendido. Luego, lentamente, se volvió hacia Judy. Su voz sonó tensa:

—Judy… ¿Sabe algo Sally Ann sobre… sobre tu relación con… una antigua actriz llamada Mae Canary?

—Cielos, no —negó ella vivamente—. Nadie lo sabe, excepto tú ahora, Scott…

—Pues mira esto —suspiró él, tendiéndole aquel objeto—. Es

una fotografía rota. Una vieja fotografía…

—¿Qué fotografía, Scott?

—Una foto de un viejo filme… *Las hermanas sangrientas*, Judy, si no me equivoco… Y aquí están Mae Canary… y Dolly Doll. La una frente a la otra. La mano que rompió con rabia esa fotografía… estaba manchada de sangre. Sangre de tu amiga Sally Ann, Judy, ¿entiendes ahora?

Sí. Los ojos de la muchacha dieron a entender claramente que entendía. Y que empezaba a sentir un miedo indefinible.

* * *

—Tardará en hablar, Scott. De eso no hay duda. Dime, ¿qué ha sucedido en casa de esa amiga tuya? ¿Por qué atacaron a la muchacha que trabaja de camarera en los estudios de la Warner?

—Cliff, no lo sé. No puedo saberlo, palabra. Ninguno lo sabemos a ciencia cierta. Subimos al apartamento…, y la encontramos. Es todo.

—Ya veo. Es todo. Alguien que llevaba calzado de hombre, aunque no podemos saber si era un hombre, entró en la casa, tal vez por la puerta, y salió por la ventana, utilizando la escalera de incendios para evadirse. Apuñaló a la muchacha con unas tijeras.

—Supongo que no es la primera vez que eso sucede en Los Angeles, ¿no, Cliff?

—No, cierto que no. Pero apenas hemos hablado de Dolly Doll, de esas víctimas en dos locales públicos… te encuentras con una persona que también pudo haber sido cadáver al ser hallado, de no llegar tú y esa muchacha, Judy Allen. Por cierto, ¿de qué viene vuestra amistad actual?

—¿Eso importa?

—Todo importa para un policía.

—Creí que eras un amigo, no un policía.

—Soy ambas cosas —se irritó el teniente Gregory, resoplando—. Pero ahora no me has llamado para jugar una partida de póquer o de dados, Richard. Me has llamado por un delito de sangre, por un homicidio fallido, del que eres testigo directo. Eso es lo que cuenta ahora, amigo mío. Quiero saber qué pudo suceder, por qué

precisamente *tú* encontraste a esa muchacha… y una fotografía de Dolly Doll yacía en el suelo, cerca de su cadáver. ¿Lo entiendes acaso?

—No —mintió a medias Richard Scott, meneando la cabeza—. No puedo entenderlo… a menos que recuerdes algo, Gregory: la Warner fue la productora de las mejores películas de Dolly Doll…

—Ya lo había pensado —Gregory se frotó la barbilla, sin quitar de él la mirada—. ¿Eso te resulta convincente a ti?

—Yo no soy policía. Sólo periodista, Cliff, recuérdalo. Mis teorías no cuentan.

—¡Ya lo sé, infiernos! —rezongó el teniente de Homicidios—. No te pedí ayuda oficial, sino una simple opinión. Sólo eso, Richard: una opinión… Y no me la has dado.

—Te he dicho lo que pienso: un loco anda suelto. Debió seguir a la muchacha que comparte la vivienda con Judy Allen. Y sucedió lo que has visto. Es obvio, ¿no? La chica no pudo defenderse, evidentemente, de la persona agresora. Eso hace suponer que era un hombre, como dicen las huellas de su calzado en la ventana.

—No sabes la fuerza que es capaz de desarrollar una mujer demente, Scott.

—¿Dolly Doll, por ejemplo? —Sonrió irónicamente Richard.

El policía hizo un gesto de disgusto, y se encogió de hombros.

—Eso, lo dices tú. Eres el que buscas a ese fantasma. Olvidas, sin embargo, que esa mujer sólo mataba en sus películas y en sus comedias, no en la realidad. Luego, ha dejado de ser un ente real, para convertirse en un simple recuerdo. ¿Por qué habría de matar ella a nadie?

—Era una simple sugerencia, una posibilidad acaso. Si, al menos, supiera dónde está ella ahora…

—Parece que hay mucha gente en esta ciudad, ansiosa de que resucite el viejo mito —se irritó el teniente—. Sólo así se explica que escriban cartas a los periódicos, que tú busques a Dolly Doll… y que estos hechos sangrientos se sucedan.

—Imagino que, para la policía, es mucho más fácil saber dónde está ahora una persona, y qué clase de vida lleva, Cliff, que para el más sagaz de los reporteros…

—No lo creas —suspiró Gregory, con apatía—. A fin de cuentas, sabemos bastantes cosas sobre Dolly Doll, pero ninguna lo suficiente

reveladora como para darnos luz en ese sendero. Esperaba que colaborases conmigo en todo, Scott, pero veo que me ocultas cosas.

—¿Yo? —Parpadeó Richard, con aire ingenuo.

—Vamos, vamos… ¿Es que supones que soy tan tonto como para no conocer el verdadero nombre de Mae Canary, compañera de Dolly Doll por entonces… y para no haber advertido que Judy, tu joven amiga… tiene el mismo apellido que tuvo, de casada, esa mujer?

—De modo que lo sabías…

—Y puedo saber muchas más cosas. ¿Por qué no eres totalmente sincero conmigo?

—Tienes mi palabra de que no te ocultaba ninguna otra cosa. Prefería no implicar a Judy en este feo asunto. Esa chica trabaja en algo honrado, lejos de la popularidad. La familia de su difunto padre es de otra escala social, y… se escandalizaría si supiera que ella puede estar mezclada en algo que se publica en las crónicas de sucesos. Sinceramente, Cliff… Aun siendo periodista, prefiero mantenerla a ella al margen de toda publicidad.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha tocado el corazón? ¿O es que te has enamorado de ella?

—La conozco hace sólo unas horas. Pero creo que es una muchacha que merece ser ayudada. Busca a su madre, eso es todo.

—Eso está muy a tono con el aire de melodrama que rodea todo el caso. Tú buscas a Dolly Doll, yo busco a un asesino relacionado con el recuerdo de Dolly Doll… y tu joven amiga busca a la rival más encarnizada de Dolly Doll, porque era su madre. Al mismo tiempo, su compañera de apartamento es atacada por alguien con unas tijeras, estando a punto de morir. ¿Qué te parece el cuadro?

—Horrible. Y oscuro. No tiene sentido.

—No, no lo tiene. El *puzzle* no encaja aún. Le faltan piezas, es evidente. Pero yo te advertiría algo, Scott. A ti y, de paso, también a tu joven amiga Judy.

—¿Advertirnos? ¿Qué, Cliff?

—Si esa compañera de Judy no tiene relación alguna con este caso, como imagino, ¿por qué fue atacada *precisamente ella*?

—¿Qué quieres decir?

—Algo muy simple, Scott: he examinado en el vestíbulo el buzón de ese apartamento. En él figura *solamente* un nombre: Judy Allen.

¿No se te ha ocurrido la idea de que, posiblemente, ese ataque feroz con las tijeras estuviera dirigido a Judy Allen, y no a Sally Ann, su compañera?

—Cliff, ¿qué… qué pretendes insinuar con eso? —Se alteró, de repente, Richard Scott.

—Sólo lo que te he dicho. Yo que tú… trataría de saber *a quién* intentó asesinar el intruso… por si en una segunda ocasión no hay error… y es Judy Allen la víctima…

CAPÍTULO IV

—¡La ventana! La… ventana… El rostro… ¡el horrible rostro *mirándome* desde esa ventana! ¡Oh, es horrible, horrible…!

El cuerpo se agitó entre las sábanas, bañado en sudor, agitado por una terrible pesadilla, sin duda alguna. Se miraron Judy, Scott y el doctor Forbes, del Hospital General de Los Angeles.

—Está delirando… —musitó Judy, con un temblor en la voz, que pareció extenderse a sus manos crispadas—. Pobre Sally Ann…

—Ha repetido muchas veces esas mismas palabras —dijo roncamente el médico. Apartó a un lado a los dos visitantes, alejándose del lecho donde yacía la paciente—. Su estado evoluciona favorablemente, pero ha perdido mucha sangre, y las heridas eran profundas. Tiene fiebre, sufre pesadillas… Especialmente, esa del rostro en la ventana…

—Un horrible rostro en la ventana… —repitió sordamente Scott, contemplando los cabellos castaños de la muchacha, empapados de sudor entre las sábanas, aquel cuerpo joven y fuerte, debatiéndose en su delirio, en medio de las penumbras de la habitación del hospital—. ¿Ha repetido la palabra *horrible*, doctor?

—Sí —asintió el médico—. Muchas veces. En ocasiones, lo califica de *espantoso,* pero ésa es toda la diferencia.

—El rostro en la ventana… —Se quedó mirando a la oscura vidriera de la ventana de aquel blanco, aséptico cuarto del hospital, asomado a las luces de Los Angeles—. Vio algo, sin duda, antes de ser atacada…

—¿Antes? ¿Por qué no *después*? —sugirió Judy, sorprendida.

—No es fácil. Tras ser atacada, sufrió la crisis nerviosa. No creo que viera ya nada, en tales circunstancias.

—Pero entonces… ¿entró el agresor por la misma ventana por la que salió?

—Es probable, sí. Sus palabras, eso dan a entender. Y ello

significaría que la ventana estaba abierta y, antes de que pudiera evitarlo, el intruso penetró en el apartamento. De todos modos, Judy, sabremos eso cuando ella pueda hablar normalmente, y no antes. ¿Cuándo cree usted que sucederá ello, doctor?

—No antes de cuarenta y ocho horas —suspiró el médico—. Debemos dejar que se rehaga de su actual trance. Piense que tendrá que recordar algo muy desagradable, quizá aterrador para ella…

—Lo comprendo. Volveremos entonces, doctor —tomó a Judy consigo, dio gracias al médico, y abandonaron la estancia del Hospital General, descendiendo en el ascensor a la planta baja.

Ya en el coche de Scott, en tanto él conducía a través del denso tránsito urbano de aquellas horas, Judy contuvo difícilmente un sollozo, antes de preguntar:

—Richard, ¿qué va a suceder ahora?

—No lo sé, Judy. Te dije que debes cerrar bien todas las ventanas. No dejar entrar a desconocido alguno en tu apartamento, sea cual sea el pretexto con que trate de verte. Y avisar a la policía o a mi despacho o domicilio, apenas notes algo raro o sospechoso en torno tuyo.

—Hablas como si corriera realmente peligro…

—¿Quién nos asegura que no sea así? Los actos de un loco son siempre imprevisibles.

—¿Estás seguro de que era un loco quien atacó a Sally Ann?

—Parece evidente, ¿no?

—Richard, tratas de ocultármelo, pero me he dado cuenta de algo: sospechas que quien entró en el apartamento, pretendía herirme *a mí* y no a Sally Ann, ¿no es cierto?

—¿A ti? ¿Por qué motivo, Judy?

—Porque soy la hija de Mae Canary.

Scott permaneció silencioso. Un semáforo que les había detenido, cambió su ojo escarlata por otro ámbar, que luego se tornó verde. Reanudó la marcha, pensativo. Cuando respondió, lo hizo sin mirar siquiera a su compañera:

—¿Qué tendría eso que ver, a fin de cuentas? —Su respuesta era otra pregunta.

—Tal vez mucho. Mi madre fue odiada y rechazada. Quizá el odio enfermizo persiste.

—¿En… Dolly Doll, quizá? —Trató de sonreír, burlón.

—En ella… o en alguien que quiere ser tremendamente fiel a su recuerdo, a sus sentimientos inclusive… y que conoce mi auténtica identidad, Scott.

—¿Conoces a alguien que reúna esas condiciones?

—No, que yo sepa. Pero cualquiera puede averiguar, husmeando en los archivos, que Mae Canary se llamaba realmente Mae Allen. De eso a adivinar la verdad, sólo hay un paso.

—¿Quién podría llevar el recuerdo enfermizo de un viejo amor o una idolatría ridícula, hasta el terreno del crimen, del odio directo y personal, indiscriminado y violento?

—Un loco, tú lo sabes. Pero ese loco… podría, también, ser una mujer.

—Una mujer llamada Dolly Doll, ¿verdad?

—Pues… sí. Eso da respuesta a todo. Incluso a esas palabras de Sally Ann: «Un horrible rostro en la ventana…».

Se estremeció levemente Richard Scott. Trató de imaginarse la faz actual de una mujer sesentona, que un día fue rubia, ingenua y hermosa. Una mujer encerrada en su rencor, sus complejos, su terror a la luz, su odio a muchas cosas y personas… Una mujer con el rostro abrasado en un incendio, quizá un monstruo aterrador, de cara y mente deformes, dispuesta a volver al mundo de la fama convertido en un nuevo y dantesco personaje del más terrible *guignol* que podía imaginarse…

—Judy, tenemos que encontrarla —musitó roncamente Scott, tras un silencio—. Sea como sea… tenemos que encontrarla.

—¿A… mi madre? —Sonrió tristemente la joven.

—A Dolly Doll. Quizá, de paso… demos, un día, con tu madre. O con el recuerdo de ella en este mundo, si es que ya no existe…

* * *

Las manos enguantadas tomaron con lentitud el ejemplar del *Weekly Show*, recién aparecido en los puestos de periódicos.

La única franja de luz de la estancia, cayó sobre la portada, sostenida por los dedos firmes, enguantados, que no temblaban.

Una risa hueca brotó de unos labios ocultos en la sombra. Un centelleo brilló fugazmente en unos ojos, que parecían flotar en las

tinieblas de la confortable, recargada estancia de pesados y viejos muebles, de cortinajes y dorados, como un viejo decorado del Hollywood de los tiempos de esplendor.

Las letras de la primera plana del semanario de espectáculos, parecieron bailotear ante aquella mirada maligna, despegándose materialmente del fondo rojo violento de la portada.

Su pregunta era casi un desafío abierto, que aquella persona parecía dispuesta a recoger en la penumbra fría y silenciosa de la lujosa estancia:

> Dolly Doll, ¿dónde estás? ¿Qué ha sido de ti, muñeca rubia, después del incendio del Museo de las Estrellas? ¿Qué se hizo de tu bello rostro? ¿Sigues siendo más hermosa que Mae Canary… o ella, al fin, te ha vencido?

—¡Imbéciles! —jadeó la voz ronca, tras aquel rostro que, repentinamente, asomó en la zona de luz, hierático, inmóvil como una máscara, hermosísimo y perfecto hasta casi el imposible, pero con una belleza fría, artificiosa y casi mecánica, que sólo concedía vivacidad, un destello de auténtica animación, a las heladas pupilas fulgurantes, al ronco susurro de voz que brotaba de los labios quietos, como petrificados, que ni siquiera temblaban o se agitaban al modular las palabras ásperas y agresivas—. Nunca entendisteis nada… Sois todos vosotros torpes, insultantes, molestos y viles… Deberíais ser aplastados como gusanos. Todos los periodistas, todos los que vivís medrando de la gloria ajena, ensalzando a los que triunfan, haciendo leña de los que caen… ¡Cerdos! ¡Cerdos, todos! Ni siquiera sabéis lo que escribís… Vuestros cerebros y vuestras almas están igualmente vacíos. ¡No merecéis vivir! Mucha es la gente que no merece vivir…, pero no toda llega a morir a tiempo…

Se irguió, rígida, la figura envuelta en negras y crujientes ropas. Las manos enguantadas hicieron crujir violenta, súbitamente, el papel impreso. Los dedos desgarraron las hojas. Los ojos llameaban tras aquella faz que era como la hermosa carátula sin expresión de una farsa grotesca y sin sentido…

Encima de aquel rostro hermético, sin un solo temblor muscular, centelleaba, a la luz, el dorado cabello caído en suaves ondas, juvenil y abundante, como siempre lo fuera el cabello de Dolly Doll, la muñeca rubia del pasado…

Luego, los jirones de Prensa rodaron por el suelo, estrujados y arrugados. Una mano abrió una gaveta. Un cuaderno de papel color crema salió a la luz. En la otra mano, una pluma de metal dorado centelleó en la estancia silenciosa y oscura.

La mano, firme, segura, trazó unas líneas rápidas, precisas, contundentes:

> ¿Por qué no viene a encontrar la respuesta a sus preguntas? Le espero. No es tan difícil dar conmigo. Supongamos que le invito a cenar. ¿Aceptaría?
>
> Bastará con que, en su domicilio, deje una ventana con luz roja. Yo lo veré. Y recibirá mi invitación. Pero tendrá que venir solo. ¿Se atreve?

No firmó. Dobló el papel, tras arrancarlo del cuaderno. Un sobre cremoso acogió el texto. La mano no dudó al escribir el nombre de su destinatario:

> Mr. Richard Scott.
> *Weekly Show*
> Los Angeles, California.

—¡Spaak! —llamó con aquella ronca, arrastrada voz suya—. ¡Spaak, pronto! ¡Ven!

Una puerta chirrió levemente en alguna parte, allá en la sombra. Una silueta informe, que parecía arrastrarse, se movió hacia ella, deslizándose silenciosamente. Unos pies se arrastraron por el suelo con extraño ruido. El ser se detuvo ante ella. Un gruñido incongruente escapó de una boca que se adivinaba casi inhumana en aquella masa reptante.

—Spaak, esta misiva —silabeó ella—. Déjala en el buzón de la casa. El cartero la recogerá mañana. Es todo.

Un nuevo gruñido, casi un jadeo animal, escapó de aquel ser inmóvil. Una amorfa cosa que podía ser una mano, o lo más parecido a ella, brotó de la sombra. Aferró la carta. Luego, con un susurro reptante, la masa se alejó en la sombra, perdiéndose por la puerta, a través de las penumbras de un corredor sólo iluminado de trecho en trecho por ráfagas de luz llegadas a través de unos ventanales de vidrios emplomados.

La dama rubia respiró hondo, erguida en su asiento. Las manos enguantadas aferraron los brazos del rojo sillón oscuro donde se acomodaba. El cuerpo se echó atrás, retrepándose en el asiento. Sólo aquellos ojos eran algo vivo y humano en la cara hermosa e inerte, perfilada y artificiosa como una máscara.

Como lo que realmente era, bajo la peluca rubia que fingía una hermosa melena juvenil, del mismo color que la luciera en el pasado una seductora criatura llamada Dolly Doll…

* * *

—¿Qué te parece eso, Dick?

Richard Scott estudió lo que su amigo le mostraba. La perplejidad asomó a su rostro, bajo la cruda lámpara vertical del recinto destinado a archivo criminal, en el edificio del Departamento Central de la Policía de Los Angeles, División de Homicidios.

—Cielos… —murmuró con voz ronca—. ¿Tú sabías ya esto, Cliff?

Clifford Gregory, teniente de Homicidios, negó lentamente con la cabeza. Golpeó con su firme, nervuda mano, el cajón del mueble metálico, de donde surgieran aquellos datos y aquellas fotografías.

—No, amigo mío —suspiró—. No sabía nada de nada. De repente, se me ocurrió bajar aquí y husmear un poco en el pasado. Te confieso que es algo que nunca me gustó. Creí siempre que aquí sólo se guardan asuntos apolillados, viejos *dossiers* olvidados, que no sirven ya para nada.

—Esto es como para cambiar de idea, ¿no?

—Sí, desde luego. No sé por qué diablos, busqué en la letra D, en los años treinta y cuarenta, Y me encontré con esa maravilla… No es publicable aún. Pero quiero que la veas y la estudies.

Scott afirmó despacio, estudiando las fotografías y las páginas mecanografiadas, dentro de la carpeta rotulada: «*DOSSIER* DOLLY DOLL».

—Son cinco —murmuró.

—Sí —convino Gregory—. Cinco asesinatos, Dick. ¿Te das cuenta?

—Claro —puso en abanico las fotografías, de intenso color amarillento, como si fuesen naipes de una increíble y macabra baza de póquer jugada por la Muerte—. Tres hombres y dos mujeres… ¿Por qué, Cliff?

—¿Por qué los mataron? —Se encogió bruscamente de hombros —. No sé. Nadie lo sabe. Nunca se supo. Asunto archivado. Se le puso un nombre, el de Dolly Doll, pero eso fue todo. Ya supondrás por qué…

—Sí, lo supongo —afirmó Scott, sombrío. No pudo evitar un estremecimiento. Las fotografías policiales no eran gratas de contemplar, ni siquiera ahora, a tantos años de distancia. Nunca había sido agradable ver la imagen de hombres y mujeres decapitados, mutilados o acuchillados brutalmente. O triturados a hachazos. Aquellas grandes manchas oscuras de las fotos en blanco y negro, sólo podían corresponder a una cosa: sangre. Abundante sangre humana, derramada en cada espantoso crimen.

—Tampoco se supo nunca *quién* —jadeó Gregory, dando un papirotazo a las fotografías—. Pero todos tuvieron algo en común: eran personas que causaron daño, de un modo u otro, a Dolly Doll. Mark Samuels, productor cinematográfico que canceló su contrato; Elma Elwood, que siendo famosa, se negó a compartir un filme con Dolly, cuando no era aún una *estrella*… Pat Callaghan, un irlandés borrachín, un crítico de cine y teatro que despedazaba en sus comentarios a esa mujer, calificándola de «monstruo de barraca de feria»… Bebé Latimer, la chica pelirroja que le quitó a Dolly a su amante millonario, Brian Wharton, impidiendo su boda con él, tras uno de sus varios divorcios… Y, finalmente… el propio Wharton, el magnate, después de casarse con otra chica famosa y espectacular, la rolliza Belle Buzzie…

—¿Eso no constituía, por sí solo, una seria prueba contra esa mujer?

—En absoluto, amigo mío —se quejó amargamente Gregory—. Hace falta algo más que simples coincidencias, y más para acusar a una delicada mujer, adorada por todo el mundo, de un delito quíntuple de asesinato feroz, sangriento. Todos sabían o creían saber que Dolly Doll era un ángel de dulzura, feminidad y *sexy*, al margen de sus criaturas de ficción. Nadie la relacionaba jamás con algo desagradable, producido fuera de la escena o de la pantalla. Y,

por otro lado, ahí lo dice bien claro: no había pruebas. Ni una sola prueba. El hecho de que fuesen personas que perjudicaron notoriamente a nuestra heroína, sólo condujo a una peregrina teoría, muy del gusto de la época: un amante secreto, un abnegado y enfermizo adorador de la *estrella*, se convirtió en Némesis vengativo, aniquilando a todos los que habían pretendido dañar a su amada. Hasta los estúpidos policías de esos años, aceptaron de buen grado la teoría… y se dedicaron a buscar al fantástico e increíble amante de Dolly Doll, sin molestarse lo más mínimo en interrogarla siquiera a ella. ¿Has observado que no hay en ese *dossier* ni una sola transcripción de algún diálogo oficial con la dama?

—Sí, lo estoy observando ahora —Scott pasó rápidamente los viejos folios mecanografiados—. Eh, mira esto, Cliff: aquí se habla de un tal Morton Thorpe, e incluso se dan instrucciones para su captura e interrogatorio, como presunto culpable de esos crímenes…

—Ah, Morton Thorpe… Otro producto desdichado de la época. Un galán convertido en millonario por una jugada de bolsa… Morton Thorpe, que luego emigró a otros países, sin dejar rastro de su destino, tras comprender que amaba a un imposible, y que Dolly Doll no sería nunca suya. Se sospechó que él estaba detrás de esos crímenes, pero jamás se probó, ni tampoco se le pudo arrestar e interrogar. De modo que se archivó el expediente… y todos tan contentos. Como si nadie hubiera muerto, Scott.

—No removeré viejos errores policiales de nuestra ciudad, Cliff, pero tú, ¿qué piensas sobre todo esto?

—Eso me gustaría saber, en cuanto a ti. ¿Qué impresión sacas?

—Ninguna concreta. Pudo ser Dolly quien se convirtiera, de repente, en el mismo monstruo que había animado en la pantalla y el teatro. Pero también cabe en lo posible que la teoría del amante desquiciado tuviera su razón de ser, en tan dislocada época.

—Claro. Una de ambas teorías es la verdadera. ¿Por cuál te inclinarías tú?

—No lo sé —volvió a contemplar las fotografías—. Son crímenes terribles, repugnantes, feroces… Si una mujer hubiera sido capaz de cometerlos a sangre fría, tendríamos que suponer que era un auténtico monstruo… o una enferma mental.

—Exacto. Pero aunque hoy en día supiéramos dónde está ella…, ¿de qué nos serviría? No hay nada que pueda servir para acusarla de todo eso. Y tampoco de lo que sucede ahora, Scott. Sin embargo, en el fondo, estoy convencido de que existe algo monstruosamente anormal e inhumano en esto. No fueron unos crímenes vulgares, ni lo son éstos de ahora. Es como si una vieja, olvidada amenaza, se hubiera materializado de repente, una vez más. ¿Por qué, Scott, después de casi treinta años de olvido… vuelve la pesadilla sangrienta de Dolly Doll?

—Empezó con una carta anónima a mi periódico, Cliff. Tal vez alguien tenía interés en remover las viejas cenizas… y lo ha logrado.

—Pero… ¿por qué, Dick, por qué?

—No lo entiendo —dejó el *dossier* en manos del teniente, con expresión sombría—. Sin embargo, sigo pensando que la respuesta, la clave de todo, está en una sola persona.

—¿Dolly Doll?

—Sí. Dolly Doll. Me gustaría encontrarla, verme frente a ella, sea cual sea su rostro, su aspecto actual…

—Tal vez peligrara tu vida en esa situación, Scott…

—Tal vez. Pero aceptaría el riesgo gustosamente, con tal de encontrar la respuesta que andamos buscando.

—Una respuesta que está bañada ya en demasiada sangre para que, encima, corramos el riesgo de que la tuya se uniese a la de ocho seres que la derramaron ya, por causa directa o indirecta de esa maldita y misteriosa mujer…

—Cliff, me gustaría saber algo más, acerca de cierto suceso también olvidado ya, y que tú mencionaste una vez…

—¿Y ese suceso es…?

—El incendio del Museo de las Estrellas… Cuando Dolly Doll se convirtió en un ser de rostro informe y monstruoso, Cliff…

—Para entonces, Dick, esos cinco crímenes habían sido ya cometidos. Y Morton Thorpe había desaparecido definitivamente del país…

—No importa. Aun así, creo que la vida de Dolly Doll y su destino, están marcados por tres fases decisivas: esos cinco asesinatos, el incendio del museo… y esta nueva ola de sangre que sufrimos ahora…

—Está bien, Dick. Buscaré datos sobre ese incendio. Pero no confíes demasiado en ello, como luz para este caso. Sea cual sea la explicación de esos crímenes que yo investigo ahora, tiene que estar forzosamente en el presente, en hechos y seres actuales…

CAPÍTULO V

Los ojos oscuros y vivaces de la joven, les contemplaron con cierto temor, que aún no había podido borrarse de su bello rostro bronceado.

Los labios que Richard Scott conociera pálidos y exangües, ahora ofrecían un vivo matiz rojo, que los hacía parecer más gordezuelos y atractivos. La blanca bata del hospital, no bastaba a disimular la firmeza enhiesta de sus senos juveniles. Continuaba, sin embargo, con las mejillas pálidas, descoloridas, en aquel rostro sugestivo y de triste expresión.

—Todo… todo fue horrible… —musitó Sally Ann Benjamin, compañera de apartamento de Judy Allen.

—Lo suponemos, amiga mía —asintió Scott, frunciendo el ceño —. No me gustaría traer recuerdos ingratos a su mente, pero…, ¿se cree con ánimos para poder evocar algo de cuanto sucedió aquella tarde en el apartamento de Wilshire?

—Dios mío… —jadeó—. Sólo recordarlo me produce escalofríos…

—Sally Ann, no hace falta que hables ahora —se apresuró a indicarle su amiga Judy, inclinándose y acariciando sus manos suavemente, sobre el embozo del lecho—. Scott y yo sólo queríamos saber lo que realmente ocurrió entonces, para así poder protegerte mejor, pero del mismo modo lo haremos, en tanto te recuperas y eres capaz de hablar de todo ello con calma y serenidad.

—No, Judy. Nunca podré hablar de aquello con calma ni con serenidad. Es todo demasiado espantoso, demasiado tremendo para que ello sea posible. Lo diré ahora. Lo haré, aunque me cause horror la sola idea de mencionarlo. Creo… creo que la verdad es mejor ofrecerla al desnudo cuanto antes. Quizá eso sea como una liberación de mis pesadillas y obsesiones de estos días…

Hizo una pausa. Vaciló, respirando hondo. Su lengua humedeció

los labios trabajosamente, y un temblor espasmódico recorrió su cuerpo. Richard Scott la alentó, con una leve sonrisa de ánimo:

—No tema ya nada, muchacha. Nada de todo aquello va a repetirse. El agresor cometió un error que pagó usted, Sally Ann. Ya no peligra en absoluto, palabra. Cuidaremos todos de usted, de aquí en adelante.

—Si se repitiera, sé que moriría… —Tembló ella—. No porque fuese herida de muerte, sino por el propio pánico que me asaltaría. Aun ahora, no sé cómo pude sobrevivir… Si hubieran visto… aquel rostro… ¡Dios mío, no!… Aquel rostro en la ventana… —Cerró los ojos, con una convulsión violenta de su cuerpo—. Nunca imaginé nada más espantoso…

—De modo que el agresor no entró por la puerta del piso…

—No, no. La ventana estaba abierta. Hacía bochorno, abrí para que entrase el aire y pudiera descansar un rato con mayor sosiego… De repente, abrí los ojos, segura de que alguien me miraba. Era una idea que parecía ridícula, pero lo cierto es que miré y… y…

Estalló en un sollozo. Judy la confortó, abrazándose a ella. Scott apretó los labios, esperando el resto del relato.

—No necesita detenerse en describirnos nada —murmuró el periodista—. Vio la faz en la ventana. Se asustó. Gritó, sin duda…

—Grité, sí… —El cuerpo se agitaba, presa de intensas convulsiones. Ni siquiera le miraba al proseguir—: Luego, aquel ser se precipitó a través de la ventana, avanzó sobre mí, me atacó, con unas enormes tijeras que llevaba en sus manos…

—Sus manos… ¿Las vio claramente? ¿Iban desnudas?

—No. Enguantadas… Chillé, creo que con todas las fuerzas de que era capaz. Pero resultaba inútil. Allí cerca sonaba un receptor de radio a toda potencia… Y no debía haber nadie en la calle posterior… Sentí los golpes de las tijeras, clavándose en mi cuerpo… Siempre con… con aquella cara espantosa flotando, bailoteando delante de mí, como una pesadilla… Oía su risa demoníaca, sus obscenas y roncas palabras entre dientes, sin que moviera siquiera sus labios informes, que dejaban al descubierto sus encías…

—¿Era… el rostro de una persona abrasada, quizá?

—Podía serlo. Como si le hubieran echado ácido en el rostro. Algo aterrador… No se podía decir siquiera que fuese la cara de un

hombre, o de una mujer…

—Hombre o mujer… —Scott se inclinó, rápido, hacia Sally Ann —. Ahí puede estar el quid de la cuestión. ¿*Qué* era aquel ser? ¿Mujer? ¿Hombre?…

—Vestía… vestía de hombre. Pantalón y chaqueta negra… Creo que calzaba como un hombre. Pero…, pero había algo raro en todo eso. Como si fuese una mujer disfrazada. Además…

—Sí, prosiga.

—Además… llevaba pelo de mujer. Pelo rubio.

—¡Rubio!

—Muy rubio —respiró hondo Sally Ann, con un escalofrío—. Contrastaba tan enormemente con su cara sin forma, rugosa y corroída… Pero al atacarme, al pelear, al herirme, tal era su rabia, su afán, que la peluca oscilaba, se movía… ¡y debajo se veía su pelado cráneo, desprovisto de cabellos, con una piel tirante y yerma, en la que ya nunca crecería el cabello! Era… era un verdadero monstruo…

—¿Recuerda algo más, Sally Ann?

—No. Perdí el conocimiento. Sé que entré en crisis, que grité, grité y grité, que me puse rígida, que no podía moverme, ni siquiera oía ya mi voz… y ahí acaba todo.

—Entiendo —Scott respiró hondo, echándose atrás—. Veo que ha sido mucho más valiente de cuanto pude imaginar, muchacha. Gracias por todo, y perdone cuanto la he molestado en esta ocasión. Más tarde será la policía quien le haga preguntas. Ellos pedirán más detalles, pero a mí me basta con lo que ha revelado.

—¿Cree… cree que podrá serles útil para capturar a ese horrible ser?

—Sí, creo que sí. Cuando menos, usted nada tiene ya que temer. Por fortuna, el peligro pasó, y la misma rapidez del ataque, unida a su propia resistencia desesperada, y sus gritos, que sin duda el criminal temió que fuesen captados por alguien, ha impedido que esas tijeras cumplieran su siniestro cometido. Lo importante es que ha sobrevivido, y ahora todo irá ya bien, esté segura…

* * *

—Dolly Doll… ¡Es ella!

La misiva color crema crujió débilmente entre sus dedos repentinamente crispados. Un escalofrío reptó por su espina dorsal, y le hizo sentir en la nuca cómo se erizaban, de pronto, sus cabellos.

Aquella letra angulosa, perfecta, minuciosa y fría. Aquella redacción seca, casi agresiva e indefinible:

> ¿Por qué no viene a encontrar la respuesta a sus preguntas? Le espero. No es tan difícil dar conmigo. Supongamos que le invito a cenar. ¿Aceptaría?
>
> Bastará con que en su domicilio deje una ventana con luz roja. Yo la veré. Y recibirá mi invitación. Pero tendrá que venir solo. ¿Se atreve?

Sólo eso. Ni una firma. Ni un nombre, ni una fecha, ni un remitente. Nada de nada. Sólo aquella breve carta que era todo un desafío. O una trampa de muerte.

Podía hacer muchas cosas con el misterioso mensaje. Lo más prudente sería llamar al teniente Gregory y mostrárselo, encender una luz roja, esperar a que alguien cayera en la trampa…

Algo le dijo que fallaría. Quien le citaba no era una persona estúpida ni torpe. Vigilaría muy estrechamente. Le pedía que fuese solo.

Las preguntas… Recordó el ejemplar de días atrás, el último del *Weekly*. Tal vez iba a saber, al fin, qué había sido de Dolly Doll…

Paseó por su apartamento, pensativo. Miró por las ventanas. Abajo, el bulevar ofrecía sus luces, su circulación. Aprensivo, estudió las vecinas fachadas en sombras, las aceras… Podía haber alguien, cualquiera, vigilando sus ventanas, esperando la señal roja. O tal vez no había nadie, y le estaban poniendo simplemente nervioso. La carta no mencionaba fechas. ¿Tenía por vecino al autor del mensaje? ¿Era Dolly Doll, realmente, quien escribía? El texto así parecía insinuarlo, pese a su ambigüedad.

Ahora, no parecían existir muchas dudas: una persona con huellas de atroces quemaduras en su rostro, había atacado con unas tijeras a Sally Ann, creyendo que era Judy Allen, la hija de Mae Canary. Pero no la asesinó. ¿Falló el ataque, o no quiso llegar al crimen la persona agresora? ¿Era la misma que asesinó a un espectador de un cinematógrafo y al viejo Lucius Laurent, junto a

sus marionetas?

Si la persona que vio Sally Ann era Dolly Doll… ¿se trataba de una peligrosa enferma mental, de una agresora enloquecida, de una mujer presa de neurosis, o de un criminal en potencia?

Eran posibilidades parejas. Cualquiera podía ser la respuesta. Recordó el *dossier* archivado de los viejos crímenes, y su aprensión subió de tono.

Se acercó al teléfono. Se dispuso a descolgarlo. Luego, dudó. Separó la mano del aparato.

No. No llamaría a Gregory. No aún.

En vez de eso, buscó entre sus pertenencias, hasta dar con un papel de celofán color rojo. Lo puso en torno a la lámpara del *living*, y dejó esa luz encendida. Una claridad rojiza se extendió por la habitación y resaltó en el rectángulo exterior de la ventana, sobre la fachada del edificio.

Luego, procuró no pensar en ello nuevamente. Fue a la cocina y se sirvió leche y emparedados que extrajo del frigorífico. Luego, se sentó a leer apaciblemente los diarios de la noche, recién adquiridos.

Justamente veinte minutos más tarde, sonó el teléfono.

Scott clavó sus ojos en el aparato. El sobresalto le hizo caer entre los dedos el resto de un emparedado, que se dispersó sobre la moqueta.

El timbre del teléfono siguió repiqueteando.

Muy despacio, dominando cierto singular desasosiego que le invadía, Richard Scott se incorporó. Caminó hacia el teléfono. Lo descolgó con una brusquedad casi violenta.

—¿Sí? —habló—. Aquí Richard Scott, del *Weekly*.

Hubo un silencio en la línea. Pero Scott, con el vello erizado a flor de piel, creyó sentir un murmullo, un jadeo lejano y sigiloso, pegado al micrófono del otro extremo del hilo.

Luego, cuando se impacientó e iba a insistir con malos modos, la voz llegó a él:

—Buenas noches, señor Scott.

Apretó las mandíbulas. Sus ojos se entornaron.

Era una voz extraña. Inquietante. Un murmullo apagado, profundo, sinuoso como el deslizar de un reptil en la jungla. No podía saberse si era la voz grave de una mujer, o el tono apagado de

un hombre.

—¿Quién habla conmigo? —demandó, seco.

—Usted lo sabe, señor Scott —sonó la voz siniestra—. Su ventana está con luz roja, si no me equivoco…

—No, no se equivoca. Si es realmente Dolly Doll, ¿por qué no lo confiesa?

—Hay cosas que no hace falta decirlas. No citemos nombres. No me gusta.

—¿Prefiere que nombre a… a Dorothy Davis?

—Tampoco. No mencione a nadie. Usted busca a una persona. Esa persona responde a su llamada. ¿No es suficiente?

—Habló de… de un convite.

—¿A cenar? Sí.

—¿Esta noche?

—¿Por qué no? Esta noche, mañana… Cuando elija usted. ¿Se atreve?

—¿Por qué no habría de atreverme?

—No lo sé —la breve risa apagada que emitía aquella voz, le recordó la descripción de Sally Ann: «Reía de modo demoníaco, entre obscenas palabras…». Su misterioso interlocutor prosiguió—: Sus escritos rezuman sensacionalismo, casi terror… Parece tener miedo a algo. O a alguien, señor Scott.

—Mi curiosidad supera al miedo, esté segura.

—No dije que fuese una mujer…

—Lo es. Es Dolly Doll.

—Está bien —hubo un suspiro ronco, lejano—. ¿Acepta la invitación?

—Sí —afirmó Richard, tajante.

—¿Vendrá solo?

—Completamente solo. Pero podría estarle engañando. El teléfono podría estar controlado por la policía…

—No me importa. Sólo usted puede venir a mi cena. Nadie me verá, excepto usted.

—Muy bien. ¿Adónde debo ir? ¿Cuál es su dirección?

—Oh, eso sería muy fácil, señor Scott. No sea ingenuo… Lo que cuenta es que ha aceptado. Recibirá instrucciones en su momento. Hasta pronto…

El clic marcó el final de la charla. Su interlocutor no quería,

evidentemente, que su teléfono fuese fácilmente localizado, si es que utilizaba realmente el propio, y no alguno público, en lugar poco frecuentado.

Scott se quedó contemplando el teléfono, con aire reflexivo, sombrío, en su mirada gris. Estaba jugando con fuego, y podía abrasarse irremisiblemente en cualquier momento, bien lo sabía. Pero no iba a echarse atrás, bajo ningún concepto. Llegaría hasta el fin, fuese éste cual fuese.

Iría a la cena con su misterioso anfitrión.

Estaba seguro de que, al fin, iba a saber qué había sido de Dolly Doll.

Sus ojos astutos y fríos se clavaban en el teléfono. Estaba convencido de que, por aquel camino, llegarían las instrucciones previas para asistir a la cena fantasmal. Quizá a la cita con la Muerte, en algún ignorado lugar de Los Angeles…

CAPÍTULO VI

Glacialmente, aquellos ojos casi infrahumanos, se fijaron en el antiguo teléfono dorado, con expresión peculiar, extraña y gélida.

—Spaak… —habló roncamente.

Un balbuceo ronco, horripilante, brotó de la sombra. La cosa viviente y amorfa se movió con dificultades hacia ella, haciendo sobre la vieja y espesa alfombra un sonido susurrante y blando, que erizaba los cabellos. A la dama rubia, sin embargo, en nada le afectó el desplazamiento monstruoso de aquella criatura invisible en las sombras.

—Spaak, todo ha salido como preveía —dijo despacio, tras dirigir de nuevo una ojeada al teléfono, y tomar con lentitud el potente prismático que reposaba sobre un mueble cercano. Lo enfiló hacia la urbe, hacia las miríadas de luces de Los Angeles.

Allá, en el bulevar, la poderosa lente reveló pronto una lejana fachada, una roja luz en una ventana determinada… Una risa hueca y fría brotó de los labios inmóviles del bello rostro, pálido y rígido, donde ninguna emoción ni movimiento era visible.

Bajó el prismático con lentitud, tras borrarse la imagen, al desenfocarse, dada la gran distancia entre ambas viviendas. Las residencias señoriales de la colina eran buen punto de observación para vigilar los bulevares céntricos, situados al pie. Nadie podía sospechar de que tan cerca, y a la vez tan lejos, estuviera la persona objeto de sus pesquisas.

—Ahora, esperemos —musitó la voz—. Es preciso esperar lo preciso. Luego, Spaak, tendré que abandonar esta casa. No, no te asustes. Lo haré en el coche. El viejo coche. Tú conducirás, si crees que puedes hacerlo sin que nadie te vea…

Hubo como un gruñido, una especie de jadeo repetido, que parecía expresar cierto gozo animal, procedente de la forma situada en la sombra. Los ojos centelleantes, en la carátula hermosa,

revelaron complacencia.

—Muy bien, Spaak —aceptó—. Te pondrás el disfraz habitual. No podemos correr el riesgo de que nadie descubra tu verdadera apariencia. Llamaremos desde el teléfono de la antigua cabina de la esquina de Sunset. Serán las primeras instrucciones para nuestro invitado. Luego, las segundas y últimas, las emitiremos desde la cabina del parque. Son sitios poco frecuentados. Entonces regresaremos, a esperar la llegada de nuestro anfitrión a Beverly Hills, pero no a casa. Sólo cuando veamos que viaja solo y no le sigue nadie, le guiaremos hasta aquí definitivamente. Ahora, antes de nada, dispondremos la mesa… para dos. Todo debe estar a punto para cuando él llegue a casa…

Momentos después, unos candelabros esperaban en una mesa alargada, a ser encendidos en su momento. Mantelería lujosa y cubiertos de plata, se mostraban allí, en honor del invitado. Había flores en un búcaro. Y un tocadiscos antiguo, a punto de sonar. Discos de viejas películas se amontonaban sobre una mesa inmediata. La mayor parte de ellos correspondían a películas interpretadas por Dolly Doll.

Cuando un negro automóvil Chevrolet, modelo de 1952, abandonó el garaje de la residencia solitaria de aquella alameda de Beverly Hills, descendiendo hacia las avenidas céntricas de Los Angeles, el suntuoso asiento trasero, tapizado de rojo oscuro, servía de acomodo a una figura rígida, enlutada, de rubia cabellera sedosa y rostro inmutable.

Delante, ante el volante, en la penumbra oscura de la cabina delantera, un gordo, ancho, enorme chófer, de manos extrañamente deformes, pese a sus guantes amplios y gruesos, manejaba el volante.

Un abrigo negro, amplio, abotonado, envolvía aquella figura. Un rostro pálido, inexpresivo y helado, asomaba sus redondas facciones bajo la gorra del uniforme de chófer. Era como una máscara de cera, en la que sólo los ojos ofrecían un extraño y ardiente brillo inexplicable, allá en el fondo de las ranuras inmóviles de sus párpados sin flexibilidad.

El extraño vehículo, con sus insólitos ocupantes, se movió hacia Wilshire Boulevard, buscando la ruta menos frecuentada de Sunset.

Un reloj luminoso, a su paso, señalaba las ocho de la noche.

Empezaba a hacerse tarde para la anunciada cena. Richard Scott aguardaba en su apartamento una nueva llamada.

Y ésta llegó.

Pero no fue la de su misterioso comunicante, sino la de otra persona que, él no esperaba escuchar, precisamente en ese momento.

Tras el tercer timbrazo, descolgó Scott el teléfono, con avidez. Preguntó, tensa su voz:

—Sí, soy yo, Scott. ¿Qué hay ahora? ¿Qué debo hacer, señora?

—¿Señora? —El tono femenino reveló sorpresa y cierta nota divertida—. Eh, Richard, ¿con quién imaginas que estás hablando? No soy ninguna señora. Es evidente que te equivocaste de comunicante… ¿Acaso importuno al llamarte?

—Oh, Judy, no… —rechazó vivamente Richard—. No, nada de eso. Esperaba a una dama con quien debo sostener una entrevista profesional mañana y…

—No tienes que darme explicaciones —rió la joven—. Yo no soy nada tuyo, Richard. Imagino que, como todos los hombres, tendrás tus relaciones íntimas y personales con determinadas damas. No me mezclaré en eso, te lo aseguro. Te llamaba desde casa porque hemos regresado.

—¿Habéis regresado? ¿Sally Ann y tú?

—Sí, las dos. Le dieron el alta, aunque debe permanecer en cama. Yo cuidaré de ella entretanto.

—Tal vez sea algo prematuro… El volver ahí puede impresionarla.

—Lo ha tomado bien, Richard. Además, el teniente ha puesto a un hombre de vigilancia en la calle, justo en la calleja posterior, donde la escalera de incendios. Tenemos instrucciones de no abrir a nadie que no conozcamos, tras mirar previamente por la mirilla de la entrada. Si quieres venir, puedes hacerlo. Estás incluido entre las personas que gozan del privilegio de entrar, sin provocar sospechas.

—Es un alto honor, que aprovecharé siempre que pueda —dijo Scott, irónico—. Pero no esta noche, Judy. Tengo cosas que hacer. Y mucho cansancio encima.

—Oh, seguro. Y… la llamada de esa dama. No lo olvides.

—Eres un pequeño diablillo —se echó a reír el joven periodista —. Cuidaros mucho, tu amiga y tú. Y no pienses mal. Si llamas más

tarde, y no contesto, será porque he salido a cenar con un amigo.

—¿O… una amiga?

—Evidentemente, no hay una sola mujer que no sea desconfiada —refunfuñó Richard, colgando, tras una risueña despedida.

Luego, se quedó pensativo. Consultó su reloj de pulsera. Eran las ocho y diez minutos. Tal vez no llamaría ya esa noche la dama misteriosa. O quizá nunca, si se había arrepentido de su audaz maniobra…

Apenas había terminado de pensarlo, repiqueteó nuevamente el teléfono. Scott frunció el ceño. Esperó un momento, antes de descolgar.

—¿Sí? —indagó.

—¿Richard Scott? —reconoció en el acto la voz susurrante.

—Yo mismo, sí. ¿Es… Dolly Doll?

—Sigue mostrándose molesto, con su afán de personalizar —chirrió la voz opaca y acre—. Soy su anfitrión, y eso basta. ¿Ha decidido aceptar mi invitación?

—No espero otra cosa, señora…

—Vuelve a precipitarse en el tratamiento. Pero no importa. Salga de su casa. Tome su automóvil. Y ruede a unas cincuenta millas por hora, hasta Sunset, esquina al parque. Luego, deténgase frente a la cabina telefónica de Sunset. Espere una llamada allí.

Colgó. Sin esperar respuesta alguna. Richard Scott se frotó la mandíbula, pensativo. Notó que una película de frío sudor humedecía su epidermis. Ni siquiera lo había advertido hasta entonces.

Empezaba a ver claro. Le vigilarían. Sería minuciosamente observado, por si faltaba a las reglas establecidas. En ese caso, se esfumaría la invitación en la nada. Si seguía al pie de la letra las instrucciones, ¿dónde terminaría?

—Quizá en la Morgue —se dijo a sí mismo—. Como aquellas cinco víctimas de otra época. Como Laurent, como el espectador del Griffith… o como la pobre Sally Ann, en el mejor de los casos.

Pero un momento después, salía su automóvil del aparcamiento situado frente a su casa. Richard no se dio cuenta siquiera, en su precipitada salida, que seguía ardiendo la luz de su ventana… con color rojo, a causa del papel de celofán.

Condujo, justamente a cincuenta millas por hora, hasta Sunset,

esquina al parque. Escudriñó la iluminada cabina que se erguía en medio de la amplia acera, frente a él. No había nadie al teléfono. Ni en Sunset, ni en el parque, salvo los coches que pasaban veloces. Era una zona poco frecuentada.

Lamentó no haber llevado consigo un arma. Pero él no era un policía, para ir armado. Sus armas eran sus ojos, su sagacidad, su pluma, su máquina de escribir… Eso era todo. Sólo que ahora estaba jugando a la gallina ciega con un personaje enigmático y oscuro, acaso con una mujer implacable, autora de numerosos asesinatos.

Llevaba aparcado cosa de cuatro minutos, cuando sonó el teléfono de la cabina. Salió del coche rápidamente, y llegó hasta el cubículo de vidrio iluminado. Entró, diciéndose que era un perfecto blanco para ser asesinado desde cualquier lugar, en las sombras de la noche.

Sólo que las armas de fuego no habían intervenido nunca en los asesinatos que rodeaban a la mítica y eclipsada Dolly Doll. Siempre cuchillos grandes y afilados, enormes tijeras… o hachas capaces de mutilar en pocos instantes a un recio individuo.

Armas brutales, sangrientas. Espeluznante violencia, al servicio de una mente criminal, capaz de atrocidades dignas del *grand guignol* de otros tiempos.

Descolgó. Se limitó a dar su nombre:

—Scott —dijo. Y esperó.

—Lo está haciendo bien —dijo la voz susurrante—. Parece que va realmente solo. En otro caso, será peor para usted. No tema nada. Un anfitrión nunca causa daño a su invitado… en tanto éste no lo provoca con su actitud.

—Bien. ¿Qué se supone que debo hacer ahora, señora? —indagó Richard, impaciente.

—Cálmese. Ya no es mucho. Siga desde aquí hasta Beverly Hills. Suba por Sycamore Road. Deténgase en el cruce con Derby. Espere allí, con los faros apagados. No tardará en recibir instrucciones definitivas. Eso es todo.

Como antes, colgaron con anterioridad a cualquier intento de Scott por prolongar la conversación. Sabía que nadie podría seguirle en su nocturno deambular. Eso, justamente, es lo que pretendía su anfitrión, con aquella serie de medidas previas.

Una vez más, obedeció las instrucciones recibidas. Momentos más tarde, aparcaba en el cruce de Sycomore Road y Derby, en Beverly Hills, a mitad de la suave elevación de la colina. Apagó las luces de los faros, preguntándose cuál sería el motivo para tal medida.

Encendió un cigarrillo. Fumó en silencio, con sus nervios relajados. No le temblaba lo más mínimo la mano. Estaba sereno, controlándose a la perfección. Eso parecía buena cosa, dadas las circunstancias actuales.

Scott contó los minutos: uno, dos, tres… No pasó mucho más. Un automóvil negro, un anticuado Chevrolet, virtualmente fuera de circulación ya, pasó silencioso ante él, a buena marcha, perdiéndose tras los sicomoros y las verjas de las residencias próximas. A sus pies, Los Angeles era una amplia ascua de luz. Arriba, las colinas de Beverly eran promontorios repletos de vegetación, con las salpicaduras de luz de sus residencias y *bungalows*, muchos de ellos de famosos artistas de la pantalla, ahora dedicados muy especialmente a viajar a Europa para rodar filmes en coproducción, o claudicando para servir de *invitados especiales* en los telefilmes para la pequeña pantalla. En eso había quedado Hollywood.

De súbito, tras los árboles, centelleó la luz de unos faros de automóvil, guiñando rápidamente con parpadeos intensivos. Tenía todas las trazas de ser una señal.

Condujo despacio, rampa arriba, y dobló por donde viera doblar al Chevrolet de color negro. Éste le cerraba el paso, y terminaba en ese momento uno de sus guiños de luz.

Rápido, Scott saltó a tierra, para indagar quién ocupaba el automóvil. Sólo le era posible vislumbrar una ancha, maciza, silueta inmóvil, ante el volante. Una pálida mancha redonda era cuanto veía de su rostro.

Apenas se hubo aproximado al coche negro, supo que había cometido un error. Trató de girar sobre sí mismo, de mirar a su espalda. Tarea inútil. Y tardía.

De detrás de un sicomoro y unos setos, alguien emergió con rapidez. Un objeto contundente cayó con fuerza demoledora en su nuca, alcanzándole sobre la oreja derecha.

Rodó pesadamente, sintiendo que millones de luces estallaban dentro de su cerebro para, tras un cegador impacto, hundirle en la

oscuridad total y profunda donde nada se oía, se veía ni se sentía…

* * *

—Lamento haberlo tenido que hacer, señor Scott. Pero era absolutamente necesario.

—Absolutamente necesario… ¿para qué?

—Para que usted no supiera dónde se encuentra en estos momentos —recitó la extraña, ronca voz susurrante que emergía ante él, en aquella cámara en sombras.

—Vaya, sus métodos no son demasiado ortodoxos, señora —se frotó, dolorido, la nuca, y avanzó, tambaleante, hasta llegar cerca de aquella figura que entre penumbras, le volvía la espalda, sin permitirle ver su rostro.

Pero ahora sí descubría su oscuro ropaje, su larga falda negra, de terciopelo suave, la mancha dorada del cabello ondulado, largo… que podía ser artificial.

Entre él y la dama se extendía la mesa servida, con dos candelabros encendidos. Aquellas seis velas eran la única claridad en la sala. Una luz fantasmal, que hacía parecer más oscura la decoración, el artesonado del techo y el tono nogal de los muebles antiguos y sólidos.

Su propia figura bailoteaba, proyectada en la pared por la oscilante llama de las velas, no lejos de la inquietante silueta de la dama desconocida que le daba aún la espalda.

Parecían estar solos en la casa. Pero algo indefinible le decía a Scott que no era así. Que *alguien* más compartía la vivienda, y acechaba, quizá, no lejos de ellos… Se estremeció al recordar la voluminosa, informe sombra humana situada ante el volante del viejo Chevrolet…

A pesar de las velas, había luz eléctrica allí. Suavemente, un disco de 78 revoluciones, giraba en el plato de un fonógrafo eléctrico de anticuado modelo. Era una música melodiosa ramplona, que evocaba el celuloide rancio. Un motivo de alguna vieja película, imposible de identificar.

—¿Utilizará el mismo procedimiento cuando tenga que salir de aquí, para que me sea imposible volver? —indagó Scott. Y añadió,

malévolo—: ¿O ni siquiera es fácil que salga vivo de esta casa, señora? En tal caso, el veneno en el vino, o el hacha decapitadora, pueden poner feliz término a esta lúgubre cena.

—Habla demasiado —sonó la voz susurrante. Muy despacio, ella se dio la vuelta—. Cenemos ahora, señor Scott. Y luego hablaremos de todas esas cosas, con calma…

Richard se puso rígido. Recordó las palabras angustiadas de Sally Ann: «Un rostro horrible, monstruoso…».

No. No veía ante sí ningún rostro semejante. Pero sabía que estaba viendo una mentira. Unas bellas facciones, pálidas, suaves, marmóreas casi, bajo una cabellera rubia.

Una peluca. Y un rostro… modelado en cera. Debajo, sólo Dios sabía el horror que se escondía a los ojos de todo visitante de la siniestra mansión. Miró las manos, enguantadas de negro, con encajes sobre un fondo color rosado, como carne. Pero que tampoco era carne.

Las manos… Quizá ennegrecidas, deformes… El fuego dejaba huellas imborrables en el ser humano: su rostro, su cuerpo, acaso su mente, su alma…

Estaba ahora frente a un ser cuya verdadera apariencia le era imposible vislumbrar. Un ser en la frontera entre la realidad y la ficción, entre lo tangible y lo irreal. Como una marioneta de *grand guignol*. Como una caracterización para una vieja película truculenta…

Debajo… ¿qué había debajo de aquella mentira?

—Sentémonos, señor Scott —invitó la voz profunda, extraña, dominadora—. Sentémonos a cenar…

Como sujeto a una extraña fascinación, Richard se encaminó a una de las dos sillas de alto respaldo, anacrónicas y recargadas, situadas a ambos extremos de la mesa dispuesta para la cena irreal. La luz de los candelabros se quebraba sobre la plata bruñida de cubiertos y bandejas y sobre la cóncava tapa de algún alimento ya dispuesto en medio de la mesa.

Ella, la dama de cabello dorado, se acomodó frente a él. En derredor de ellos, las sombras eran como un bailoteo dantesco de oscuridades y de incógnitas. Scott estaba seguro de que *algo* jadeaba en ellas, reptando, moviéndose de alguna inhumana forma que no atinaba a entender, y que le producía escalofríos. Sin verlos, dos

ojos le miraban desde el suelo, estaba seguro de ello. Ojos de criatura deslizante, ojos que acaso eran humanos, o acaso no.

Una especie de siseo ahogado, de levísimo estertor captado a veces por el reportero, le convencía más y más de la presencia *viva* y horripilante de algún ser cercano. Siniestramente cercano y ominoso…

—¿Tiene miedo, señor Scott?

Miró a las cuencas donde brillaban las pupilas de indefinible color, más allá de las rendijas prefabricadas de unos falsos párpados sin movimiento. Tras la máscara hermosa, el rostro auténtico era una palpitación de vida, quizá grotesca y deforme. Pero existía, estaba allí… Y los ojos le contemplaban, con una mezcla de burla y de sarcasmo, desde su mundo de oscuridad y de ocultamiento. Desde detrás de aquella careta que fingía una belleza física inexistente ya para Dolly Doll…

—¿Miedo? —repitió la palabra que la profunda voz femenina modulara antes. Se encogió de hombros, indiferente—. No, no lo creo.

—Creí que el ambiente de mi casa lograría sobrecoger su ánimo. Hay que estar habituado a vivir así para que uno lo encuentre normal, incluso acogedor…

—No es acogedor para mí, pero no creo que deba temer nada de usted, señora.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

—Estuve a su merced, inconsciente. Pudo haberme causado daño entonces, de haberlo deseado.

—Cierto —los ojos centelleaban, burlones—. Pero ¿no pensó que una gran actriz siempre necesita estar en situación, tener alrededor su decorado, su ambiente, sus personajes, para representar con más propiedad la tragedia?

—¿Tragedia… o farsa, señora? —preguntó tristemente Scott.

—¿Usted qué cree? —le desafió ella, con aquel tono áspero que reservaba para hablar cuando se sentía malhumorada.

—No sabría qué creer, en estos momentos. Es cierto que ha dispuesto su escena, hasta en los más mínimos detalles. Pero algo le falla en ella, y eso empieza a disgustarle.

—¿Qué es ello? Dígalo, y lo resolveremos enseguida. No me gustan los fallos.

—Éste no está en su mano repararlo —sonrió fríamente Scott—. Soy yo.

—¿Usted?

—Me ha desafiado. Me ha traído aquí con la intención de angustiarme, de provocarme miedo. Y luego, tal vez, en el apoteosis final, llegue a asesinarme. Pero la obra resultará un fracaso y la escena sonará a ridícula, si el personaje no responde al libreto exigido. Si no hay terror… no hay situación. No vibran los actores. No vibra el público.

—Público… —Ella señaló a las tinieblas en torno. La música de una rancia película olvidada había suplido a la anterior. El viejo tocadiscos había sido adaptado con un procedimiento de cambio automático. La melodía sonó tan vieja y anticuada como la de antes —. No hay público presente cuando se filman escenas para el cine, señor Scott.

—Pero al espectador hay que darle verismo, señora. O lo trágico se vuelve ridículo, y en vez de gritar de terror, la gente se ríe con las escenas más fuertes.

—Entiendo. Usted pretende arruinar mi escena, mi papel. Todo. Se siente crítico, ¿no es cierto? Olvida que ahora es sólo un actor en la escena. Un actor que hará lo que yo diga.

—¿Y si me niego?

—No puede hacerlo —movió negativamente la cabeza—. Tengo medios de obligarle a ello.

—Me gustaría conocerlos, señora. Posiblemente sea usted lo bastante fuerte para esgrimir un hacha, un cuchillo o unas tijeras y herir hasta matar. Pero yo no voy a dejarme asesinar tranquilamente. Yo estoy alerta, sobre aviso. Sé cuál puede ser el final de esta escena. Y trataré de evitarlo, esté segura.

—Quizá mis solas fuerzas no basten, pero… ¿y Spaak, señor Scott?

—¿Spaak? —El periodista se inquietó, al notar una nota de triunfo, perdida allá en el fondo de la voz profunda de la dama—. ¿Quién es? No creo que él me asuste tampoco, sea quien sea…

—¿No? No esté seguro de eso. Apenas si le vio silueteado en mi coche, anteriormente. Pero piense que sólo vio un armazón humano, que disimulase su verdadera apariencia actual. ¡Spaak! Deja que el señor te vea… sólo un momento.

Richard Scott supo que estaba en la divisoria misma de lo alucinante. Notó el jadeo en el suelo, captó el movimiento sinuoso de *algo* sobre las alfombras costosas, en dirección a él…

Miró en esa dirección.

De súbito, las luces amarillentas de las velas danzaron malignamente, dibujando la silueta de aquel ser, el destello cruel de sus ojos…

Scott sintió que todo él temblaba violentamente, en un escalofrío repentino, encarado a la más espantosa e increíble de las criaturas vivientes…

Entonces supo, con horror infinito, quién era Spaak.

CAPÍTULO VII

—¿No sabe usted dónde está?

—¿Cómo puedo saberlo, teniente? —Ella hizo un gesto malicioso—. Hay preguntas que una chica, por moderna que sea, no debe hacer nunca a un hombre…

—Sí, entiendo, entiendo —masculló Clifford Gregory, de Homicidios, paseando nerviosamente por la estancia. Sally Ann, pálida e impresionada, le contemplaba desde su lecho, sin intervenir en la conversación—. Maldita sea… Debí imaginar que Richard se traía algo entre manos. Hice bien en controlar el teléfono de su casa. Lo malo es que ese estúpido agente que puse de vigilancia se descuidó en escuchar la grabación de las conversaciones… Pero la luz roja de su ventana ya me hizo ver algo raro. Entré con mi llave maestra… y encontré eso en el sofá…

Agitó la mano, hacia el papel color crema, que temblaba levemente entre las manos de Judy Allen.

Ella levantó sus ojos dilatados, llenos de inquietud, de zozobra, de angustia.

—Dios mío. ¿Cree que esa cita con una dama es con… con…? —comenzó apagadamente.

—¿Con Dolly Doll? Estoy convencido de ello, señorita Allen —afirmó, enfático, el policía con gesto de disgusto—. En la conversación captada, habla de Dolly Doll, de Dorothy Davis…

—Era el nombre real de Dolly —habló en un susurro la muchacha.

—Lo sé. Es una mujer lista, muy lista. Como todas las dementes.

—¿Demente? —Tembló la voz de Judy.

—¿Demente? —repitió a su vez Sally Ann, en un murmullo que parecía lejano. Tembló con violencia en su lecho, como dominada por un pánico, por una emoción indescriptible—. ¿Quiere decir que la mujer… si es que era mujer quien me atacó… está loca? ¿Qué

Dolly Doll, esa antigua actriz… es una enferma mental?

—Y peligrosa —asintió secamente el policía.

—¿Está seguro ya de eso, teniente? —argumentó Judy, con voz tensa.

—Sí. Ya sí. Tengo un informe clínico de 1950. Estuvo internada en un sanatorio psiquiátrico, víctima de una crisis nerviosa. Esa crisis degeneró en locura. Imagine luego, cuando el incendio… Hay evidencias ciertas de que ella misma lo provocó.

—Dios mío…

—No se la pudo acusar entonces de nada, pero ella fue responsable. Ya había intentado incendiar varias veces los lugares que le recordaban sus grandes éxitos. Ese día… ese día, precisamente, una de las visitas especialmente invitadas al museo del cine, era su mayor rival y enemiga…

—¿Habla de… Mae Canary? —Tembló la voz de Judy súbitamente.

—Sí, querida —el policía la contempló casi con ternura, pese a su rudeza—. Lo siento, pero es preciso afrontar la realidad de las cosas. Sé que es usted su hija. Que ella se llamaba Mae Allen. Lo supe siempre. Pero lo que no sabía es lo de la demencia de Dolly, lo de sus instintos pirómanos, que un médico de entonces, viejo admirador de la *estrella*, ocultó estúpidamente… Ahora, ese médico me ha revelado muchas cosas que dan luz sobre el caso. Dolly Doll incendió el museo. Con su gran rival, su odiada colega, dentro.

—Oh, cielos, no… —Judy ocultó el rostro entre las manos—. Mamá…

—Sí. Su madre, Mae Canary, fue una de las víctimas. De las que nunca pudieron ser identificadas, a causa de lo virulento del fuego. Lo lamento. Sería estúpido ocultarlo a estas alturas.

—Debí imaginarlo. Algo me decía que mi madre estaba muerta hacía años —sollozó Judy.

—Vale más morir a sobrevivir en cierto estado —suspiró ahogadamente el teniente Gregory, sacudiendo la cabeza—. Querida amiga, tenemos que encontrar lo antes posible a ese loco de Richard. Está metido en un buen lío. En un cepo de muerte espantoso.

—¡Muerte…!

—Sí. Esa mujer es endiabladamente astuta, como todos los

dementes. Une a su desequilibrio mental un odio feroz hacia la Humanidad toda, a raíz del daño que su propio acto causó en su rostro. Culpa a los demás de todos sus males. Su peligrosidad ha crecido con el tiempo. Pero sabe medir bien sus pasos. No habló de lugar de cita, de emplazamiento… Nada. En una segunda llamada, citó a Richard en otro lugar, ante un teléfono público. Mis hombres andan husmeando por allá, pero difícilmente creo que hallen algo. Si reside en Beverly Hills lo hará con nombre supuesto, con un aspecto diferente al suyo real… y hay allí cientos de residencias. Buscar a Dolly Doll, será como localizar la aguja en el clásico pajar, Judy.

—¡Pero se tiene que hacer algo! —musitó ella, aturdida.

—Claro. Estoy haciendo cuanto me es posible. Por eso vine, a tratar de saber algo, si usted podía decírmelo, muchacha. Oí su conversación grabada, pero podía haber algo más…

—Lo siento. No lo hay, teniente. ¿Qué puedo hacer yo por Richard?

—Sólo estarse aquí, bien quieta, sin intentar ir a parte alguna. Recuerde lo de su compañera. Ahora estamos seguros de que Dolly Doll la buscaba *a usted*, no a Sally Ann, cuando atacó en este lugar. Sabe que Mae Canary tuvo una hija. Y el odio a la madre se reprodujo en su mente enfermiza, contra usted, Judy. Si sabe que fracasó, volverá. No quiero riesgos para ninguna de las dos. Sally Ann, ella cuida de usted. Usted también debe cuidar de ella en mi nombre.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo en mi actual situación, Dios mío, para cuidar de Judy? —se quejó amargamente la muchacha convaleciente.

—Avisarme en cuanto su amiga intentara algo por su propia cuenta. La delego como agente mía en esa misión. Piense que ni por amistad debe ayudarla en nada para pretender favorecer a Richard Scott. Él es un hombre resuelto, y no tiene nada de tonto, aunque a veces se esfuerce en disimularlo —rezongó con mal humor Gregory —. Ustedes… son sólo dos muchachas indefensas. Recuerden esto: tengo suficientes pruebas para demostrar que, hace años, una mujer llamada Dolly Doll ASESINÓ brutalmente a cinco personas, bien a hachazos, bien con un cuchillo de grandes dimensiones o con unas enormes tijeras.

—¡Cielos, no! —Palideció intensamente Sally Ann, cerrando sus ojos con horror, al evocar sin duda el ataque que ella misma sufriera.

—Ya no caben dudas sobre eso. Ahora, esa misma mujer diabólica ha vuelto a su vieja obsesión, a su sangrienta manía, y lleva ya dos asesinatos y uno fallido… Ahora, quizá esté llevando a Richard a la situación terrorífica que ella misma ha montado para sacrificarle bestialmente, como a los demás. Me temo… me temo que alguien más, superviviente como ella del pavoroso incendio de 1955, convive en la casa donde se oculta esa nefasta mujer.

—¿Alguien… más? —susurró apagadamente Judy, con un temblor ostensible en sus labios.

—Sí. Alguien que traicionaba ya entonces a Mae Canary con Dolly Doll, y que quizá fue su cómplice en el terrible incendio del Museo de las Estrellas… Alguien que sigue fiel a su amante de entonces, después de una espantosa suerte corrida en aquel fuego.

—¿Quién es? —se interesó Sally Ann, dominando su evidente terror.

—Un hombre llamado Spaak… Janos Spaak, de origen centroeuropeo. Era joven, arrogante y atractivo para las damas… Ahora… ahora creo que es una piltrafa humana, sólo con fuerza en sus manos deformes, medio destruidas por el fuego, igual que su rostro… y sus piernas todas. En suma, Spaak es una especie de monstruo humano que se arrastra sobre unas piernas calcinadas, convertidas en muñones informes, reducido a la condición de una criatura repugnante… Sospechamos que su fidelidad a Dolly Doll… ha hecho que ella lo mantenga a su lado durante años enteros, en su ignorado refugio, en su oculta vida actual.

* * *

—Dios mío…

—No debe horrorizarse. Eso fue una vez un hombre alto y guapo, como usted, señor Scott. Ahora, de no ser por mí… llevaría años sin vida. O confinado en un asilo, sobre un carrito de metal.

—¿Y… no sería mejor así? —musitó Richard Scott, con la suficiente serenidad como para contemplar de nuevo aquella cara

amorfa, sin boca, con un boquete del que surgían los gruñidos incongruentes, bajo el vacío hueco de donde una vez hubo fosas nasales, en aquella cabeza pelada, informe, de tirante piel lustrosa, de ojos desiguales y malignos, que le contemplaban con odio y recelo.

El cuerpo terminaba en sus nalgas, o poco más abajo, con la excepción de piltrafas de nudosidades colgantes, que daban la impresión de horrendos tentáculos aferrados al suelo, saliendo de su remedo de pantalón corto. Las manos eran muñones con dedos cortos y desiguales, no más de tres en cada mano, y algunos de ellos fláccidos y deshuesados.

—Tiene un armazón especial para conducir —dijo ella fríamente, sin responder a su pregunta. Y unos guantes ortopédicos que le permiten parecer normal, a cierta distancia y con poca luz. Incluso posee una especie de caperuza, con forma de cabeza humana, grande y gorda, para que introduzca en ella su propia cabeza.

—Es el peor y más nefasto *guignol* que vi jamás —susurró Scott, trémulo, impresionado por vez primera en su vida—. ¿Recuerda *Freaks*[1]?

—Es un filme muy anterior a mi época, señor Scott. No soy tan vieja —replicó ella glacialmente, tras la máscara cérea de su bello rostro artificial.

—Este mundo suyo me recuerda mucho aquél —silabeó Scott—. Es monstruoso, deforme, deshumanizado y feroz. Es una galería de criaturas repelentes, con usted a la cabeza, señora.

—Hable, hable. Insúlteme, Scott. No me duelen sus palabras. Estoy acostumbrada a dolores más profundos y duraderos. Lo que hay tras esta máscara, no me preocupa en absoluto, puede usted creerlo.

—Ese es su error: centrar todo en una máscara, en una ficción imposible. Usted es como se ve debajo de esa carátula ridículamente hermosa, que no le pertenece. Afronte la realidad, no sea necia. Mírese al espejo tal como es, y no como fue o como le gustaría ser. En ese solo hecho puede estar su remisión para el futuro.

—El futuro… ¿Qué importa ya el futuro, cuando se tienen sesenta años… y se está en mi situación, señor Scott?

—Porque se aferra al pasado. Un pasado que no existe, que se

desmoronó, convertido en polvo, hace años. Aquel cine, aquel teatro grotesco, ya no interesa a nadie. Nadie recuerda a Dolly Doll, ni a Mae Canary, ni a Silvia Sidney, ni a Janet Gaynor, ni a John Gilbert, ni a Barrymore, ni a Al Jolson, salvo cuatro estudiosos y dos viejos aficionados. Salga de este mundo de polillas, polvo y cartón piedra, de engaños y ficciones. Enfréntese a su tiempo, a sus responsabilidades. Y verá como todo es aún posible, incluso en su estado.

La forma atroz de Spaak se agitó en el suelo, con espasmódicos movimientos de rebeldía. Su boca, o lo que fuese, emitió un ronco sonido gutural, que producía escalofríos.

—Mi fiel amigo se enfurece cuando oye hablar de esa posibilidad —declaró tristemente la dama. Movió su cabeza negativamente. Aquella cabeza envuelta en una rubia peluca, en una máscara de cartón y cera…—: No, Scott. No puedo salir ya de aquí. Es demasiado tarde para eso. Olvídelo. Y cenemos, si aún siente apetito…

—Me temo que no es ése mi caso —rechazó Scott, levantándose lentamente de la lúgubre mesa—. Señora, tendrá que matarme, si quiere que no abandone su casa. Es, justamente, lo que voy a hacer ahora mismo.

Hubo un tenso silencio. El aire olía a humo, a polvo. Y al sebo de las velas medio consumidas.

La máscara humana le miraba fríamente, sin moverse. Las manos enguantadas se crispaban sobre el rico mantel bordado.

—¿Cree que le dejaré irse? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Cree que Spaak permitirá que se ausente ahora?

—Tampoco lo sé —miró a sus pies, con náusea, hacia aquel ser que un día fue un hombre normal, y que se arrastraba frente a él, moviéndose sobre aquellas manos informes pero vigorosas, capaces sin duda de triturar una cabeza humana sin vacilaciones, si así se lo ordenaba su ama y señora.

Spaak gorgoteó siniestramente, cruzándose en la salida, ante él.

—¿Qué es lo primero que hará, si sale de aquí ahora? —preguntó ella glacialmente.

—Ir a la policía, señora —dijo Scott lentamente.

—¿La policía? Ellos no me permitirán vivir a mi gusto.

—Lo siento. Existen cosas que es preciso aclarar. Asesinatos. Antiguos delitos de sangre… Y otros nuevos: Lucius Laurent, asesinado en su teatrillo de marionetas… Un espectador acuchillado en el Griffith Cinema, viendo a Dolly Doll en la pantalla.

—Dolly Doll… ¡Siempre ella, Dolly Doll! —jadeó la hermosa máscara.

—¿Preferiría ser solamente Davis, la mujer, y olvidar a Dolly Doll, la actriz? —Scott la miró tristemente—. No puede desligar a una de otra. La mujer, virtualmente, quedó enterrada por la actriz. Creo que su propio arte la desequilibró, señora… e hizo de Dolly Doll una auténtica criminal, un monstruo de maldad, sediento de sangre. Todos cuantos la dañaron, pagaron con su vida. Y años más tarde, cuando todo parecía olvidado, vuelve el horror, la pesadilla… Dolly Doll resucita. Sigue su sangrienta ronda, no sé aún por qué… Dígame, señora… ¿por qué ha vuelto a matar? ¿Por qué vuelve a querer ser la Dolly Doll que representaba monstruosas matanzas en el cine o en el teatro? ¿Por qué resucitar a la muñeca rubia y ensangrentada? ¿Por qué? ¿Qué la hizo volver a la senda del horror, tras tantos años de olvido, de silencio, de mutismo y oscuridad sobre su vida?

El silencio era denso, asfixiante casi. Se podía respirar la tensión, la angustia, junto con el fuerte hedor a cera quemada. Spaak se agitaba a sus pies, como una medusa gigantesca y horrible.

Ella se había puesto en pie, rígida, desafiante, clavando en él sus ojos llameantes y fríos a la vez.

—Richard Scott, es usted solamente un periodista. Un vulgar periodista sin imaginación. Me está defraudando profundamente.

—Lo lamento, señora. Quizá sea vulgar y decepcionante. Pero soy humano, ante todo. Lamento esos horrores, esos crímenes. Y no permitiré que siga adelante. No consentiré, sobre todo, que esa muchacha inocente, Judy, pueda correr peligro de nuevo, verse amenazada por la sombra diabólica de Dolly Doll…

—¿Judy? —Las manos se crisparon sobre el mantel, casi rabiosamente. Por vez primera, una emoción que Scott imaginó rezumante de odio, invadía a la extraña mujer—. ¿A qué Judy se refiere usted, Scott? ¡Vamos, hable!

—A Judy Allen, señora. A esa muchacha a quien usted ha pretendido hacer víctima de su odio infrahumano, de su rencor sin

límites. Usted sabe que existe una hija de Mae Canary, su aborrecida rival, pero cometió cuando menos un error: equivocó a su víctima. Judy ha salido indemne, y le prometo que les aplastaré a todos ustedes, si es preciso, por salvar la vida de esa muchacha.

—Judy Allen… —La voz de la dama temblaba, tras la máscara —. Señor Scott, ¿qué tiene que ver ella en esto?

—Usted bien lo sabe, aunque atacó a otra muchacha amiga suya, que no es la hija de Mae Canary, sino solamente Sally Ann Benjamin, una camarera de los estudios cinematográficos donde usted se hizo célebre en el pasado. No tiene escapatoria, esté segura. Va a pagar por todo lo que hizo y lo que pretende hacer ahora, llevando su odio incluso hasta los hijos inocentes de seres que ya no existen, que desaparecieron junto con su pasado de celuloide y de sangre, señora…

—¡No sabe lo que dice! —La voz de la dama era un jadeo roto, crispado. El aterrador Spaak reptaba hacia sus pies, sin duda con la intención de aferrar sus piernas y derribarle con su monstruosa fuerza—. ¡No comprende usted nada de nada, Scott! ¿Es que no se da cuenta de que yo… yo nunca, NUNCA, haría daño a Judy Allen, *precisamente* a esa muchacha?

Y repentinamente, ocurrió lo que Richard Scott no podía esperarse.

La mano enguantada de la diabólica dama, aferró la cara artificial. Tiró de ella brutalmente. Spaak exhaló un chirrido inhumano, agitándose tumultuosamente en el suelo, como si le azotaran con un látigo candente.

Richard Scott, demudado, vio desmoronarse la rubia peluca, resquebrajarse y hacerse añicos la máscara de cera y cartón.

Vio aparecer la más espantosa visión de rostro de mujer que era dado imaginarse.

Y supo cómo era la dama, cómo había sido siempre, desde 1955, tras aquella hermosa carátula que velaba el horror de su existencia.

—¡Míreme bien, Scott! —aulló la criatura—. ¡Vea mis escasos cabellos, mis atroces facciones! ¡Y entiéndalo de una vez por todas! Yo… YO NO SOY DOLLY DOLL… ¡Nunca lo fui! Ahora, ya puede imaginar el resto… ¿Hará falta que le diga que Judy… ES MI HIJA?

CAPÍTULO VIII

—Judy… Entonces usted… usted es…

—Mae Canary, ¿no lo entiende? —sollozó ahogadamente la mujer, ocultando su rostro informe entre las manos. Sólo visible para Richard el mechón de cabellos oscuros sobre su calva cabeza —. Mae Canary… o Mae Allen, como quiera llamarme.

—Dios mío… —Lívido, Scott se dio un manotazo al sudoroso rostro. Miró, despavorido, al pobre Spaak, que gemía, revolcándose en el suelo—. Entonces, él…

—Él engañó entonces a Dolly conmigo. Me amaba a mí en esos momentos… y trató de salvarme del incendio que ella provocó. Lo logró sólo en parte… y ése fue el precio que pagó el desdichado… De no ser por mí, Janos Spaak hubiera seguido siendo el hombre joven y apuesto que siempre fue… ¿Qué otra cosa podía hacer ya por él… sino retenerle a mi lado durante todos estos años, en un triste remedo de vida parecida a la del pasado…?

Scott paseó, aturdido, por el comedor sombrío. Repentinamente, todo cobraba una diferente, patética, humanísima dimensión, y muy alejada del terror, de lo monstruoso, de lo deforme… Incluso en tanta fealdad, en tanta deformación, podía existir la belleza, la humanidad. Más allá, mucho más allá de la hermosura física…

—Pero entonces… entonces, ¿qué fue de Dolly Doll? —repitió aquella misma pregunta que se había formulado a sí mismo y había expuesto a sus lectores, contemplando ahora a la mujer de rostro deshecho, que ya no podía causarle asco ni miedo—. ¿Qué fue de ella, Mae?…

—Dolly Doll… pagó su propia maldad. Quizá debió ser ella quien quedara con vida y no yo. A veces, morir puede ser una bendición. Lo cierto es que ella… se quedó para siempre allí, entre las pavesas calcinadas de su propia obra destructora.

—Muerta… en el incendio.

—Sí. Una de las víctimas irreconocibles.

—¿Cómo… cómo tuvo lugar el error?

—Yo lo provoqué. Estaba delirando. Dije que era Dolly Doll… Lo creyeron. Por entonces, mi único mechón de cabello era una mata ennegrecida, quemada… Mi faz no la reconocía nadie. Mis ropas estaban abrasadas. Luego, cuando quise rectificar, temí que pudieran acusarme de haber pretendido matar a Dolly. Ella siempre salía con bien de todo. Yo, no. Ella había hecho dinero. Yo, no. Ella poseía una finca, había logrado salir impune de delitos atroces. Decidí usurpar su personalidad. Su letra y la mía eran tan parecidas… Mis manos dañadas me ayudaban. No tenía familia. Dolly Doll sólo tuvo una hija, y nadie sabía dónde estaba. También yo tenía una hija, pero valía más que para ella, su madre estuviera muerta. O desaparecida, cuando menos, he sido Dolly Doll, aunque procuré que todo el mundo olvidara mi existencia.

—Hasta que alguien escribió al periódico.

—Sí. Y alguien comenzó a matar, en relación con Dolly Doll…

—Mae, ¿cómo explica eso? Si Dolly fue realmente la culpable entonces…

—Lo fue. Yo misma se lo oí confesar estando ebria, en una ocasión. Pero no tenían pruebas. No podían creer que una criatura como ella fuese un monstruo… Tenía amistades, influyentes hombres de la política… Se echó tierra al asunto. Pero yo siempre supe la verdad: Dolly Doll estaba loca. Era una mujer peligrosa, cruel como pocas.

—Sí, siempre lo he pensado así —asintió lentamente Scott. Su gesto denotaba profunda perplejidad—. Pero entonces, ahora… ¿*quién* cometió esos crímenes y por qué?

—Me he preguntado eso yo misma, muchas veces —suspiró la dama, inclinando su horrible cabeza.

—¿Y…?

—Scott, la respuesta no… no me gusta mucho. Me causa horror.

—¿Qué respuesta?

—Esa carta anónima en su periódico… Los crímenes… Es como si *alguien*… alguien quisiera haber llamado la atención sobre Dolly Doll, con alguna razón.

—Pero… ¿qué razón pudo ser ésa? Sólo un loco haría tal cosa. Y resulta demasiado socorrido apelar siempre a un loco para

explicarse lo inexplicable.

—Scott, me temo… me temo que el objetivo de esos crímenes sea uno sólo. Que se haya querido resucitar el nombre de Dolly Doll con una sola razón.

—¿Cuál?

—Que Dolly Doll diese señales de vida, que saliera de su oscuridad.

—Pero Dolly Doll no existe.

—Claro que no. Y eso, bien lo sabe el autor de la carta, de esos asesinatos… Pero sabe también que, de ese modo, yo saldría a la luz. Se revelaría mi verdadera identidad. Eso es lo que movió al culpable: sacarme de mi escondrijo. Por una razón simple y escueta: terminar conmigo.

—Mae… ¿Eso tiene sentido? —Scott frunció el ceño, mientras algo bailoteaba alocadamente en su cerebro.

—¿Usted qué cree? —Sonrió aquella boca descarada, penosamente.

—Espere… Alguien interesado en demostrar que Dolly Doll no existía. Pero que sí había alguien que se hacía pasar por ella. Para saber o suponer eso, haría falta que fuese alguien muy iniciado en la historia de Dolly Doll… Alguien que tuviera alguna cuenta que ajustar con usted.

—Alguien que si sabe que yo tengo una hija llamada Judy… también intentará asesinarla en cuanto le sea posible, ¿comprende ahora? —jadeó la voz rota de la mujer—. Una venganza. Una horrible venganza años más tarde… La venganza de alguien que no vacila en matar a cuantas personas sea preciso, con tal de alcanzar su objetivo. Eso, sólo un ser anormal, mentalmente enfermo, puede hacerlo. Y la locura es hereditaria, Scott…

—Hereditaria… ¡Un hijo! Un hijo de Dolly Doll… —Se horrorizó el periodista.

—Ya le dije que nunca tuvo hijos varones. Como yo, solamente tuvo… una hija.

—Otra Dolly Doll rediviva. Cruel, perversa, sanguinaria… Dios mío, pero ¿quién? *¿Quién?*

—Ella, la niña de Dolly… era una bella criatura cuando la vi… La pequeña y graciosa Sally Ann…

—¡SALLY ANN! —rugió Richard Scott, repentinamente lívido,

sacudido por un escalofrío de pavor—. ¡Oh, no, no!… ¡JUDY! ¡Judy, Dios mío…!

Y esta vez, sin vacilar, se precipitó hacia la salida, saltando por encima de la masa amorfa que era Spaak. La mujer deforme corrió tras él, con un destello de angustia en sus ojos.

—Sally Ann… —repitió la dama, aterrorizada—. Ahora recuerdo… Usted dijo que era… el nombre de la amiga de Judy… ¡Dios mío, corra usted, Scott! ¡Por el amor de Dios, salve a mi hija! ¡Hágalo, y le prometo desaparecer para siempre de escena!

Su voz se quebró por vez primera en un sollozo repleto de humanidad y patetismo. No fue capaz de seguir en pos de Scott mucho tiempo. Cayó de rodillas, sollozando.

Spaak se arrastró hacia ella, dolorido, emitiendo gruñidos de animal entristecido.

Afuera, Richard Scott, liberado de la atmósfera obsesiva de la vieja mansión, corría en la noche, desesperadamente, hacia una atmósfera aparentemente más limpia y aséptica, pero en la que palpitaba, maligna, la perversidad de un ser abominable, con la tarea materna heredada en la mente.

—Judy… —susurraba Scott, corriendo a través de las arboledas de Beverly Hills—. ¡Judy, si ella sabe quién es… está en peligro de muerte ahora mismo!

* * *

—¿Estás preocupada, Judy querida?

La joven asintió lentamente, despegando su frente del cristal de la ventana. Se volvió para mirar a su amiga, que permanecía sentada en el lecho, con faz pálida y cansada.

—Un poco.

—¿Por… él? —Sonrió la muchacha.

—Sí. No puedo remediarlo —confesó la hija de Mae Canary.

—¿Estás enamorada de ese hombre? —se interesó Sally Ann, curiosamente.

—No lo sé… Tal vez sí. Es tan atractivo, tan deliciosamente descuidado… Lo encuentro diferente a los demás hombres, Sally Ann.

—Malo —rió suavemente ésta—. Es lo primero que se dice del que una elige para casarse.

—Cielos, no vayas tan deprisa —rechazó Judy, enrojeciendo levemente sus mejillas—. Sólo hay una buena amistad ahora… Espero que no llegue a sucederle nada, en compañía de esa horrible mujer.

—¿Horrible? ¿Te refieres a… Dolly Doll? —Los ingenuos ojos de la atractiva camarera de los estudios cinematográficos, revelaron interés repentino.

—¿A quién, si no?

—¿Crees que está realmente loca esa mujer?

—Parece que todos lo creen. Es una enferma mental. Se ha llegado a confundir con los personajes que interpretó…

—¿Vive, en realidad, Dolly Doll? —dudó Sally Ann.

—No lo sé. Según todos los indicios, Scott está con ella esta noche, invitado a cenar en alguna horrible casa misteriosa, de la que quizá pretenden que no salga vivo.

—Todo eso suena a melodrama viejo, Judy.

—Dolly Doll hizo de su vida todo un melodrama: incendios, crímenes, deformidades físicas y odio a todo y a todos.

—Judy, ¿es cierto que buscaste a ese muchacho, a Richard… para que te ayudara a encontrar a tu madre?

—Sí. Ahora no importa que lo sepas. Por culpa mía sufriste tú ese ataque criminal. Era a mí a quien querían matar. Porque soy la hija de la mujer que más aborrecía Dolly: Mae Canary, su rival en la escena y en el cine.

—La hija de Mae Canary… —recitó distraídamente Sally Ann—. Judy querida, eso sí resulta fascinante. La culminación del melodrama…

Intentó incorporarse, tomar la botella de agua y el vaso de la mesilla. Judy se apresuró a ir hacia ella.

—Espera —dijo—. Yo te lo daré.

—No, no. Me molesta sentirme incapacitada. Puedo manejar mi brazo derecho. Sólo necesito que me ayudes a incorporarme. Yo haré el resto. Te lo ruego…

—Está bien, Sally Ann —la incorporó, sujetándola, en tanto su amiga tomaba la botella llena de agua—. ¿Así puedes hacerlo?

—Sí, gracias, querida —susurró Sally Ann.

Y, brutalmente, descargó el botellazo sobre la cabeza de su compañera, tras la oreja.

Como fulminada, Judy Allen se desplomó sobré la cama, y rodó luego al suelo.

* * *

—¿Qué significa esto?

Contempló, aturdida, la habitación. La ventana abierta, los zapatones con los que Sally Ann, tambaleante pero firme, marcaba huellas en el alféizar y en el suelo, antes de ocultarlos nuevamente en la parte alta de su armario empotrado, dentro de una caja de sombreros.

Intentó moverse. No le fue posible. Cordones de los cortinajes ceñían sus piernas. Y cables de electricidad apresaban sus muñecas rabiosamente. Yacía en el suelo, con la falda desordenada y los muslos al aire, frente por frente a su amiga, que seguía sus extrañas, increíbles maniobras.

—Sally… Sally Ann… —jadeó Judy de nuevo—. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué pretendes hacer? Supongo que todo esto será una broma. Pero el botellazo… Me duele la cabeza. ¿Te ha afectado quizá tu estado, querida amiga?

—Siempre la misma historia… —Se volvió, lívida, jadeando, centelleantes sus ojos. Los vendajes mostraban huellas rojas, de nuevas hemorragias incipientes en sus heridas, abiertas por el esfuerzo—. ¿Crees que estoy loca? Todos creen que quien hace algo poco normal, está loco… Es el mundo de la rutina, de la estupidez… ¡Dolly Doll estaba loca, porque era superior a las demás, porque se creó su propio mundo, y dictaba sentencia por sí misma, sin necesidad de recurrir a la ley, ejecutando ella la sentencia con sus propias manos! Dolly Doll fue una gran mujer, Judy. ¡Y tu maldita madre tuvo que sobrevivirla, fingiendo encima que era ella la única y grande Dolly Doll!

—No, no. Eso no es posible… ¿Deliras, Sally Ann?

—¿Deliras? ¡Estúpida! ¡Yo soy LA HIJA de Dolly Doll! ¿Lo entiendes? No es casual que nos uniéramos en este apartamento. Te buscaba. Sospechaba ya que eras hija de Mae Allen, pero no estaba

segura, y sabía que conviviendo juntas, terminaría por saberlo… Mi madre es la que no existe, Judy. La que murió, para que se salvase la tuya… ¡y usurpara nombre, fortuna y propiedades de quien siempre la humilló y venció en todo terreno!

—Sally Ann, todo esto es demasiado horrible para ser cierto. Por fuerza ha de ser una atroz pesadilla. No puede estar sucediendo esto.

—Pero sucede, querida. Sucede… ¡y el peligro está aquí, no en esa cena fantasmal de tu querido héroe, el periodista Scott! Yo, Judy… ¡yo te voy a matar ahora!

—¿Qué… qué dices? —Tembló Judy, horrorizada.

—Sí, preciosa. Cuando tu héroe llegue, mi historia volverá a ser convincente. Incluso la policía la creerá a pies juntillas… Dolly Doll llegó por esa ventana otra vez. Y ahora atacó a quien buscaba… A Judy Allen… Yo intenté luchar, pero fui vencida. Ella te asesinó, escapando luego. Todo muy convincente, ¿verdad? Como la primera vez, cuando me herí a mí misma. Las huellas, mi relato… ¿quién no iba a creerlo? De ese modo, jamás nadie pensará en mí como autora de todo esto. En realidad, nadie imagina que yo escribí la carta al periódico, que yo maté a aquellos hombres en el cine y en el teatrillo… Como nunca supondrán que tú, la dulce Judy Allen… ¡has muerto a mis manos, en desquite de lo que tu madre hizo a la mía, hace años!

Y enarboló, ante el pavor de la cautiva, un enorme cuchillo de cocina, con su mano diestra, que procuraba mantener enguantada en todo momento.

La luz destelló sobre la hoja de acero. Judy Allen, repentinamente, estuvo por completo segura: iba a ser asesinada. Y Sally Ann era, después de todo, quien decía ser…

Estaba perdida. Ni Scott ni el teniente imaginarían jamás la terrible verdad. Su propia amiga, su compañera de apartamento… ¡era la hija de Dolly Doll! Una muchacha con la demencia homicida heredada.

Ahora, todo tenía explicación. Pero demasiado tarde. Cerró los ojos, angustiada. Recordó a Richard Scott… Y a Mae Canary, su madre. Era ella, y no Dolly, quien sobrevivió al incendio. Sally Ann la culpaba de todo, cuando la única responsable de tanto mal era la propia Dolly Doll.

Pero era inútil razonar con una enferma mental, presa de una obsesión criminal. Bastaba con advertir cómo manipulaba Sally Ann aquel cuchillo de cocina, capaz de atravesar a un ser humano de parte a parte. En su rostro había una salvaje expresión de gozo, una malignidad insospechada.

—Ahora comprendo… —musitó para sí Judy—. Cuando el teniente hablaba de Dolly, cuando la calificaba de loca peligrosa, de criminal… No era terror ni sobresalto lo que Sally Ann experimentaba. Sus emociones eran muy otras. Sentía odio, ira, sed de desquite, por tener que escuchar una y mil veces que su madre era una enferma mental. Es tal su odio, su afán de venganza, que ha llegado a poner en peligro su propia vida para crearse una coartada, para no ser sospechosa.

Se detuvo, demudada.

Sally Ann se movía hacía ella. Lenta, sigilosa, con una sonrisa siniestra, con una mueca terrible en la boca sensual.

En su mano enguantada, la hoja de acero era como un instrumento delicado, con el que iba a realizar un trabajo minucioso.

—No te reconocerá nadie cuando te vea, preciosa… —rió salvajemente Sally Ann, con ojos dilatados, fulgurantes—. Tu rostro tendrá tantos cortes, que será como un baño de sangre sobre tu cuerpo acribillado a cuchilladas. ¡Es el sacrificio, el ritual que haría feliz a mi querida madre, si existiera!

—No, no… —gimió Judy roncamente—. Recapacita, Sally Ann… No puedes dejarte dominar por un fantasma, por una sombra del pasado.

—¡Calla, estúpida! —rugió ella, adelantando con brusquedad su brazo armado. La hoja centelleó, aguda, a pocas pulgadas del rostro lívido de la muchacha. Una carcajada agria brotó de los labios de Sally Ann.

Sobre el seno izquierdo de la camarera, goteaba ya algo de sangre, procedente del vendaje de su hombro. Las vendas del brazo mostraban ya manchas rojas que se extendían paulatinamente. Una crispación de dolor asomaba al rostro de la asesina. Pero su furia, su sed de destrucción, de odio, de muerte, era superior a todo otro sentimiento que pudiera atacarla en esos instantes.

Se miró el reguero rojo que descendía pausado hacia el pecho

izquierdo, desnudo y bronceado. La camisa sin abotonar, caía descuidada sobre su cuerpo de hermosa hembra. Una hembra que pudo nacer para amar, y que sólo sabía odiar… Odiar hasta el crimen, hasta la demencia sanguinaria.

Lanzó un tajo contra Judy. Ésta gimió de horror, abriendo la boca para gritar. La mano zurda de Sally Ann, rápida, metió en su boca un pañuelo apretado. Luego, puso un esparadrapo sobre los labios. La mordaza era agobiante y segura.

Riendo, tiró otro tajo a la muchacha. Le causó dos cortes superficiales en su seno. Cayó el corpiño, hendidas sus cintas. Sally Ann contempló malignamente a su víctima.

—Bien, preciosa. Tu galán contemplará con dolor tu cuerpo, cuando llegue… Y lamentará no haberte hecho suya jamás… antes de que la muerte entrara en esta casa para llevarte con ella hacia las sombras eternas…

Divagaba, en un monstruoso juego de crueldad con su víctima. Pero la mano engarfiada que sostenía el cuchillo, era obvio que, de un momento a otro, daría a éste el impulso preciso para degollarla, tal era la excitación que la vista de la sangre producía en aquella maníaca criminal.

La hoja de acero brillaba, muy cerca de su cuello desnudo, estremecido. Los ojos dilatados de Judy, siguieron el zigzagueo siniestro del filo a punto de segar su garganta y, con ella, su vida.

Su último recuerdo fue para Richard Scott, que nunca sospecharía la horrible verdad.

Luego, cerró sus ojos.

El cuchillo se alzó, muy en alto. La hija del odio y de la locura, lo dejaría caer inmediatamente, inmolando a su víctima.

* * *

Richard Scott no era un experto con las armas de fuego.

Pero en esa ocasión, puso toda su alma y su sereno pulso en aquella acción decisiva. Si fallaba, sería demasiado tarde. Podrían aprehender y castigar a la asesina, pero no devolver la vida a Judy.

Disparó.

Y no falló. No podía fallar.

Cuando sintió las recias pisadas de los policías detrás suyo, cuando la voz del teniente Clifford Gregory le llegó desde el lado opuesto, y cargaron los agentes contra la puerta del apartamento, derribándola para entrar a paso de carga, ya había concluido todo.

El disparo único hecho por Richard Scott con su pistola, había alcanzado a Sally Ann.

En la cabeza. No había otro remedio.

—No disparé contra su mano —jadeó Scott roncamente, bajando el brazo armado—. Podía fallar. Era un blanco más pequeño y en movimiento… El cuchillo descendía ya. No había otra forma de frenarlo o desviarlo, Cliff.

—Claro —suspiró con expresión de angustia el policía, contemplando aquel hermoso cuerpo a medio vestir, que se desmoronaba ante la mirada de pavor y esperanza de la muda e indefensa Judy Allen, con un proyectil alojado en su cráneo, y una expresión de infinito estupor en el rostro—. Hiciste bien, Richard… Fue un buen disparo.

El brazo caía. Y de los dedos se desprendía el cuchillo, que se hincó, vibrante, a los mismos pies de Judy. Luego, el cadáver de Sally Ann sordamente junto a la muchacha cautiva.

—Hacía años que no disparaba —se quejó Richard, precipitándose hacia Judy, para desprender su mordaza y sus ataduras—. Nunca puse más afán que en ese empeño.

—¿Tienes licencia de armas, Richard? —dudó el teniente, arrugando el ceño.

—No sé si llegué a renovarla —musitó el periodista—. Pero tengo una de hace tiempo. Y siempre tengo ese arma en mi alojamiento. Pasé por allí, camino de esta casa. Sabía que no podía confiar sólo en vosotros. Podía haber un error. Y estaba seguro de que a Sally Ann le importaba poco su vida. Moriría gustosa, con tal de sacrificar por delante a Judy. Era preciso llegar con sigilo. Sacrificar unos instantes, si era preciso. Pero venir armado, y anticiparse a tu acción y la de tus hombres, apenas os informé desde abajo, por teléfono…

Había soltado ya las ligaduras y la mordaza de Judy. Ella, con un sollozo, estalló en llanto histérico, y se parapetó contra él, buscando en su proximidad un consuelo del que estaba muy necesitada.

El teniente Gregory se limitó a contemplar la escena, y examinar luego el cuerpo de Sally Ann, en tanto uno de sus hombres utilizaba el teléfono para avisar a una ambulancia. De todos modos, no había prisa. Sally Ann estaba muerta cuando tocó el suelo.

—Infiernos, qué horrible caso… —masculló el policía, sacudiendo la cabeza—. Creo que nunca vi tanto elemento espantoso unido… Ahora, espero que esa mujer, Dolly Doll… me cuente la historia completa.

Fue hacia la ventana. Miró al exterior. Los agentes rodeaban ya la casa. Allá, en la distancia, un resplandor rojizo iluminaba el cielo de Beverly Hills. Señaló hacia él.

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó a uno de sus hombres —. Es un incendio. Y muy voraz. Alguna residencia en las colinas, sin duda.

Scott sufrió un sobresalto. Soltó a Judy, corriendo a la ventana. Asomó. El resplandor de las llamas emergía ya por los sicomoros. Identificó el lugar.

—Me temo que sea la vieja casa… —murmuró.

—¿Dolly Doll? —preguntó Gregory, con voz crispada.

Scott dudó. Recordó a los dos espantajos humanos que moraban allí. Se preguntó si habría sido accidental, si alguna de las velas… O tal vez no era completamente accidental…

—Sí —afirmó roncamente—. Dolly Doll…

* * *

Judy contempló la colina, sin desprenderse de Richard, que la retenía contra sí firmemente.

Respiró hondo, bajando la cabeza.

—Ya no arde —dijo.

—No, ya no —negó despacio Scott.

—Han extinguido el fuego.

—Sí. Pero no se pudo hacer nada por ellos, ya oíste al teniente por teléfono… Encontraron sus cuerpos carbonizados, dentro de la casa.

—Pobre gente… Richard, ¿era realmente Dolly Doll… o no?

—Sí, Judy. Sally Ann estaba equivocada. Su madre vivía en

aquella casa. Pero era inofensiva ya… —La piadosa mentira brotó convincente de labios de Scott—. Tu madre… tu madre, Judy, murió. Murió el mismo día de 1955 en que se incendió el museo del Cine.

—Yo… yo quería creer que ella… que ella aún existía… —Le tembló la voz—. Pobre mamá…

—De todos modos, hubiera sido igual. Dolly Doll y ella murieron el mismo día. No importa quién sobrevivió a quién. Hay cosas peores que la misma muerte, créeme.

—Sí, lo creo… Y… ¿y ese incendio, Richard?

Él la atrajo hacia sí. Acarició sus cabellos suaves. Ella se dejó acariciar, apoyando su cabeza en el pecho del joven reportero.

—Pudo ser un accidente, Judy —confesó—. O quizá el holocausto final para alguien que ya no veía objeto en la vida. Un melodrama no sería tal, si no tuviese su desenlace trágico, espectacular. Un incendio lo es, Judy.

—Sí, supongo que sí… Dios mío, qué pesadilla, Richard…

—Ya pasó. Ya pasó todo.

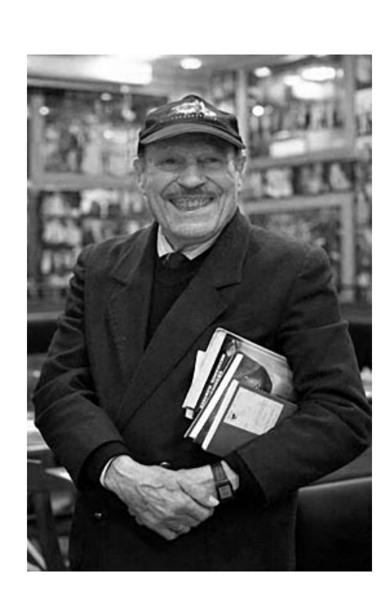
Besó sus cabellos tiernamente. Y se repitió a sí mismo que sí. Que ya había pasado todo. Pero sólo él sabría lo que fue realmente de Dolly Doll. Y de Mae Canary. Ahora creía saber el porqué de un incendio que echaba el telón sobre el drama.

Ella, Mae, había comprendido que él era la persona capaz de ayudar a Judy en la vida. Acaso la idea de encontrar a Judy y tener, cuando menos, ese leve goce en el mundo, era lo que sostuvo su trágica ficción durante años y años. Ahora, había considerado más hermoso y digno hacer un oscuro mutis. Y dejar a Judy libre de recuerdos ingratos. Libre de todo complejo, de todo dolor.

Sí. Dolly Doll había muerto hacía años. Y también Mae Canary.

Morir, a veces, no es sólo dejar de existir físicamente…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] *Freaks*, película de la Metro, dirigida por Todd Browning, que marcó una época en el cine fantástico y de terror. Su ambiente era el de un circo, poblado de monstruos y de seres deformes y anormales, que su director contrató directamente de la realidad, sin trucos de caracterización. Su título español fue *Parada de Monstruos*. <<